

NRO. 1

TACTICA

tac
tica

ediciones V. R.

1

enero
febrero
1964

CRISIS EN LA IZQUIERDA ARGENTINA

**Economía y Política en el
Conflicto China - URSS**

¿PUEDE PENSAR UN MILITANTE DE
IZQUIERDA?

**Argentina en la batalla
interimperialista**

táctica

1

febrero 1964

Consejo de Redacción

C. Avalos, Fernando Medinabeytia, Enrique Meisterra, Claudio L. Paz, Enrique Rodríguez, Néstor Spangaro, Julián Axelman.

Dirección postal

Casilla de Correo 101 Sucursal 12 (B)

Buenos Aires, R. Argentina.

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

La redacción no se responsabiliza por las opiniones vertidas por los autores en los artículos firmados. La reproducción parcial o total de artículos y notas está sujeto al correspondiente pedido de autorización.

SUSCRIPCIONES

Argentina

5 números ... \$ 250.—m/n.

10 „ ... \$ 480.—m/n.

Extranjero

5 números ... u\$s. 2,50 dls.

10 „ ... u\$s. 4,80 dls.

Advertencia

Los ejemplares van en sobre cerrados y sin membrete.

táctica

año 1

No. 1

enero - febrero 1964

ediciones V. R.



INDICE

2 - PRESENTACION

4 - ARGENTINA EN EL NUEVO
REPARTO DEL MUNDO

EDITORIAL

15 - CRISIS EN LA IZQUIERDA
ARGENTINA

Juan Carlos Portantiero

22 - LA GRANDEZA TERRATE-
TENIENTE Y EL PODER

Enrique Meisterra

34 - ¿PUEDE PENSAR UN MILI-
TANTE DE IZQUIERDA

Fernando Medinabeytia

Suplemento Especial

44 - LAS CONDICIONES QUE
ORIGINARON EL CON-
FLICTO CHINO - URSS

C. Avalos

CeDInCI

Presentación

Este primer número de Táctica, aparece en un momento político mundial caracterizado por una profunda, y no nueva, contradicción interimperialista que se desarrolla en el marco de una ascendente lucha de los países dependientes.

Los últimos sucesos de Panamá constituyen la primera explosión antimperialista en Latinoamérica del año 1964, que demuestra nuevamente las debilidades del imperialismo frente a la incontenible presión liberadora de los pueblos del tercer mundo.

Parte de estos pueblos, nos corresponde asumir la tarea común de marchar por el camino de la Revolución Colonial, dando pasos decisivos y creando las condiciones eficientes para el afianzamiento del camino hacia el Socialismo.

La reciente frustración de la vocación reivindicativa del pueblo panameño, nos pone claramente ante la realidad de que las reivindicaciones parciales tienen cada vez menos futuro en América. El camino vigoroso y constructor de la Revolución Cubana, revive ahora al igual que en cada etapa del drama latinoamericano, como el verdadero camino.

A nosotros nos toca, en el cono sur de América, hombres de un país decisivo en la lucha latinoamericana, asumir nuestro papel. Ar-

gentina, instrumentada cual cabeza de puente imperialista, no ha podido superar su condición de tal y el arribo de la UCRP al poder, no nos promete sino nuevas, aunque tal vez distintas, relaciones de servilismo imperial.

La restructuración del mercado mundial, donde las burguesías europeas han reconquistado parte de su antigua pujanza, determina estas nuevas formas de dependencia, aunque nuestro país sigue estando tan lejos hoy, como ayer, de asumir su función trascendente.

Porque creemos que las condiciones económicas, sociales y políticas nos aproximan presurosamente al terreno de las definiciones, porque estamos convencidos del valor histórico de la Revolución Argentina, aportamos nuestra opinión militante al debate que se inicia en la izquierda en busca de la formación de una vanguardia, tarea a la que convocamos no en función de una nueva división de fuerza, sino reagrupando programáticamente a los sectores revolucionarios.

El diálogo debilitado largamente entre nosotros, debe ser reabierto y enriquecido con todas las opiniones. Por ello invitamos a leer, comentar y contestar nuestros artículos, en la seguridad de que así construiremos caminos de liberación.

Argentina en el nuevo reparto del mundo

- El desarrollo revolucionario: signo fundamental de la época actual.
- Agudización de la desintegración económica y política del mundo capitalista.
- El nuevo reparto del mundo.
- Argentina. El nasserismo y su acceso al poder.
- ¿Qué se oculta tras la anulación de los contratos petroleros?
- La formación del nuevo partido.

Días atrás, los diarios de todo el mundo ocuparon sus páginas con una noticia que acaparó la atención de la opinión pública mundial: el asesinato de Kennedy. Este hecho, cuya importancia política se ha pretendido minimizar, expresa la culminación de un proceso que, desde

hace tiempo, viene desarrollándose en el seno de la sociedad norteamericana como consecuencia de los nuevos acontecimientos que se han producido en el mundo capitalista, y cuyo significado es imposterizable analizar. El asesinato de Kennedy señala la existencia de un golpe de estado encubierto que revela el grado de desesperación de los sectores monopolistas yanquis más concentrados, frente a su incapacidad de contener el empuje revolucionario de las masas explotadas y mantener bajo su hegemonía absoluta al mercado mundial.

EL DESARROLLO REVOLUCIONARIO:

SIGNO FUNDAMENTAL DE LA ÉPOCA ACTUAL.

El mundo subdesarrollado es el epicentro de la lucha revolucionaria, y esto se advierte claramente en Venezuela y Vietnam. La diferencia de intensidad en la lucha por el poder determina a su vez distintas situaciones para la burguesía. Si en Venezuela, por un lado, la burguesía y el imperialismo no controlan completamente la situación, en Vietnam, por otro, la insurrección adquiere la forma de una guerra de guerrillas sistemática, se desintegran sus mismas bases de sustentación y se crean las condiciones para una guerra civil interburguesa. Es de notar, *que lo determinante en todos estos procesos es el carácter e intensidad de la insurrección*; a partir de ella la burguesía tiene una forma de reacción, o sea que *lo condicionante no es ya la fuerza de la burguesía sino su debilidad*, medida hoy por la fuerza de la insurrección.

Argelia y Cuba son dos países del mundo subdesarrollado en los cuales la lucha armada ha arrancado el poder a las burguesías nativas y al imperialismo. En ellos, los distintos grados de intensidad en la consolidación del poder, originan por parte de la burguesía distintos niveles de ataque. *Cuanto más intensa es la lucha por consolidar el poder popular, y más avanzada la organización política, social y económica (en su camino hacia el socialismo), más intenso y desesperado es el ataque del imperialismo*, que debe aceptar, a partir de cierto grado de madurez del poder popular, la situación establecida.

Así en Argelia recrudescen la lucha de clases, y sus fronteras con Marruecos son escenario de guerra *precisamente* cuando se pasa a una etapa de consolidación del poder y de formulación de un programa económico que comienza por intensificar la reforma agraria, señalando la inminencia de luchas intensas contra el enemigo interno y externo que,

al fin de cuentas, es uno mismo. Cuba, en cambio, ha sido escenario de una sucesiva etapa de agresiones que culminó con la de noviembre de 1962; a partir de ese momento el imperialismo se ve obligado a aceptar un *statu quo* "sui generis" aunque sin dejar de atacar a la revolución. Esto muestra que el camino del rechazo y triunfo posterior sobre la intervención pasa por la *profundización interna de la revolución* tanto en lo económico como en lo político, por el *desarrollo de los focos insurreccionales en América Latina* que debiliten al imperialismo y por la *defensa sin concesiones de Cuba por parte del bloque socialista*.

AGUDIZACIÓN DE LA DESINTEGRACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA DEL MUNDO CAPITALISTA.

El desarrollo revolucionario mundial se asienta y se intensifica a partir de la desintegración económica del capitalismo. El paso del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista (que se da a fines del siglo pasado), llevaba en sí el germen de la revolución socialista, pero al desgajarse Rusia del mundo capitalista y crearse así una importantísima base de apoyo para el movimiento revolucionario mundial, *el imperialismo entra en su etapa de crisis general*, no solo por el desarrollo de sus contradicciones, de las cuales la guerra era la expresión más clara, sino porque en la superestructura política se entroncaban la lucha del proletariado mundial con la existencia de un estado dirigido ya por el proletariado.

La segunda gran guerra expresa las contradicciones del capitalismo mundial en un nivel mucho más profundo. Al término de ella existe un bloque de países socialistas, lo cual trae tremendas consecuencias para la estabilidad del imperialismo, tanto en lo político como a partir de la restricción del mercado, si bien esto último no se notó inmediatamente, porque la destrucción de Europa creó una demanda sustitutiva que impulsó el crecimiento de la producción a altos niveles de rentabilidad.

Hasta 1950, los Estados Unidos fueron el centro neurálgico de la economía capitalista, y la capacidad productiva de Europa occidental pudo ser restablecida gracias al apoyo económico yanqui.

El bloque socialista, sufriendo y superando la aislación económica que le impuso el plan Marshall, pudo establecer un ritmo de crecimiento económico intenso. Entre tanto, la consolidación de Europa occiden-

tal replantearía la *restricción de los mercados* como problema fundamental para el capitalismo, creando nuevas condiciones para el desarrollo de la lucha de clases en todo el mundo.

El problema de los mercados no se evidenció con la celeridad que era de esperar dadas las posibilidades de inversión que representaba la *reestructuración de Europa* (permitiendo el fenómeno de los "milagros"), y también por el mantenimiento de las inversiones en equipos militares. EE.UU. encontró además la perspectiva de *volcar capitales en las zonas subdesarrolladas*, reforzando los procesos de crecimiento industrial que en ellas se daban como consecuencia de la nueva situación en el mercado mundial y de las condiciones políticas que imponían, en esos países, la mayor participación de las burguesías nativas en el poder público. Esto permitió a los EE.UU., desalojar definitivamente a Inglaterra en el mercado de capitales.

En el quinquenio 1950-1955, restituida su capacidad económica, se hizo factible para Europa obtener un ritmo de crecimiento más intenso que el de los EE.UU., cuya capacidad productiva se acercaba a un nivel de saturación. Sin embargo, no hubo crisis porque el aparato productivo yanqui se mantuvo por la militarización, dándose el fenómeno de que las inversiones militares y los gastos del estado permitieron absorber bienes que, de otra manera, no habrían de encontrar mercado; se transforma así el desarrollo capitalista, librándose de crisis profundas y planteando tan sólo recesos: *esta es una característica fundamental del capitalismo de post-guerra*.

EL NUEVO REPARTO DEL MUNDO.

En el quinquenio siguiente (1955-1960), se crean las condiciones para un enfrentamiento entre el bloque europeo y los EE.UU., porque aquel comienza a tener una capacidad productiva que le permite entrar a competir con el imperialismo yanqui. En esta época se comienzan a ensayar agrupamientos zonales, es decir zonas económicas que luego conformarán mercados comunes.

Al empezar la década del 60, las zonas capitalistas de irradiación de influencia son cuatro: a) los EE.UU.; b) el M.C.E., c) Inglaterra, encabezando la zona de libre comercio y d) Japón.

Japón e Inglaterra, no pueden independizarse del financiamiento yanqui; en el caso especial de Inglaterra su debilidad la coloca en una

permanente actitud oscilatoria entre los EE.UU., y el M.C.E. En esta etapa, el M.C.E. adquiere un desarrollo que *lo pone casi al nivel de los EE.UU.*, si bien no llega a alcanzarlo. Consecuencia lógica de ello es resolver el problema de la obtención de zonas para el abastecimiento de materias primas y colocación de bienes y capitales. *En esta situación, se está nuevamente a las puertas de un nuevo reparto del mundo.*

El nuevo reparto del mundo implica una *reubicación de los países subdesarrollados*, y especialmente de las zonas de influencia del Imperio Británico, por su amplitud geográfica e importancia estratégica, por el peso que tienen en el mercado mundial en cuanto al abastecimiento de materias primas y por la debilidad de Inglaterra para retener en forma total el control que en ellas ejercía. Aclaremos que nos referimos no sólo a las zonas ligadas políticamente a Inglaterra (Commonwealth), sino también en los países donde su influencia es notoria *como en la Argentina.*

Una posibilidad, dada la crisis estructural del Imperio Inglés, es ingresar al M.C.E. puesto que, si se estructura el M.C.E. sin Inglaterra, la fuerza de ésta quedaría sumamente restringida. Ahora bien, en las condiciones actuales *la entrada de Inglaterra al M.C.E. intensificaría en el mismo la influencia yanqui.*

El eje del M.C.E. está centrado en Francia y Alemania, lo cual no supone la no contradicción entre ellos. La oposición francesa al ingreso de Inglaterra reconoce motivaciones políticas y económicas derivadas de la fortaleza que adquiere la posición de Francia a partir de un mayor aislamiento del M.C.E. Francia abastece al M.C.E. de mercaderías que podrían ser introducidas por Inglaterra. De la misma manera, Francia tiene poder atómico propio y su hegemonía en el bloque europeo se resentiría si se llegara a crear una fuerza atómica multinacional.

En cambio para Alemania son más interesantes las perspectivas de inversiones en el Commonwealth que en las colonias francesas, y a la vez, la participación de Inglaterra representaría para ella la perspectiva de romper el monopolio atómico francés.

Interesa destacar que, al margen de las contradicciones existentes entre Inglaterra y el M.C.E., *es posible que el bloque europeo encare una política común en los países subdesarrollados tendiente a debilitar la influencia yanqui en ellos.*

El bloque capitalista tiene necesidad de unificarse desde el punto de vista militar frente al bloque socialista, pero esa necesidad entra en con-

tradición con la desintegración del sistema. A medida que se agudice la crisis, a nivel económico, las relaciones interimperialistas se irán deteriorando la base de sustentación militar de Occidente, lo que se manifestará a través de los organismos militares supranacionales (NA-TO, SEATO, etc.). Pero debe quedar claro que al cuestionar la dirección hegemónica yanqui, los estados europeos no buscan debilitar la alianza occidental en su conjunto, sino afianzar sus propias posiciones.

Es precisamente al conjunto de estas distintas situaciones que se ha conformado en la sociedad norteamericana un clima que permite al sector más concentrado del capital monopolista yanqui madurar un verdadero golpe de estado, tomando de cualquier forma la conducción del poder en los EE.UU.

Kennedy había asumido la presidencia en un momento en que se deterioraba la posición de los EE.UU., dentro del mundo capitalista intentando solucionarlo de una manera no excesivamente conflictiva, *dado el surgimiento arrollador del movimiento revolucionario mundial.* Evidentemente, lo condicionante del gobierno de Kennedy, no fue la situación interna de los EE.UU. solamente, sino su ubicación dentro del marco de la crisis internacional, y esto es importante, porque los sectores de derecha que toman la conducción de los EE.UU. a partir de la muerte de Kennedy, a pesar de sus intentos voluntarios, no tardarán en replantearse la crisis de conducción a nivel mundial acrecentado la posibilidad de una conflagración y obligando a la URSS a variar también su política de coexistencia pacífica.

ARGENTINA. EL NASSERISMO Y SU ACCESO AL PODER.

La situación argentina sólo es posible comprenderla en toda su complejidad ubicándola dentro de los lineamientos con que caracterizáramos la situación mundial. Los factores fundamentales que influyen en el proceso político y económico de nuestro país son: a) el desarrollo de los procesos revolucionarios en el mundo, que maduran la conciencia política de importantes sectores de nuestro pueblo y b) la desintegración del mundo capitalista. Todavía es éste segundo factor el de mayor influencia en nuestro país, porque la agudización de la lucha interimperialista, pesa sobre la situación política, con más fuerza que los factores que posibilitan el ascenso revolucionario. La tarea inmediata de la izquierda revolucionaria es tratar de que esos factores tengan más peso que los derivados de la lucha interimperialista. El objetivo po-

lítico es el traslado de la iniciativa en la dinámica política a las fuerzas populares.

El crecimiento de la influencia del M.C.E. y la disminución relativa del peso económico del imperialismo yanqui en escala mundial, unido a la merma de su capacidad de financiación, aumentó el peso político interno de los sectores ligados al capital europeo y la apertura hacia Europa se convirtió en el objetivo económico y político del grupo militar que condujo el Estado durante el gobierno de Guido.

El nasserismo, que había logrado el acceso a la conducción política del país, tiene que definir la preponderancia del imperialismo como sostén y mandante de la oligarquía nativa, en favor del capital europeo. Al hacerlo abandona la base de sustentación política que había ganado entre los sectores vinculados al mercado interno, para responder a los sectores agroexportadores. En efecto, el nasserismo en su conducción política tira por la borda su informada postulación programática que lo ubicaba en torno al nacionalismo económico y al antiimperialismo; y lo hace con rasgos tan específicos que incluso alentó esperanzas democrático-burguesas en el P. C. El nasserismo reconoce su origen en la loggia del Dragón Verde, que cuestionó la ingerencia yanqui manifestada en la política petrolera de Frondizi. En aquella oportunidad pudo encubrir sus móviles con enunciados demagógicos sentidos por vastos sectores de la población. En esta oportunidad ya no puede hacerlo; tiene que volverse definitivamente aún contra las expresiones políticas afines a la burguesía industrial y a la oligarquía terrateniente vinculada al mercado interno, impulsando la erradicación de las fuerzas políticas pro-yanquis del comicio (frigerismo, peronismo, materismo, Frente Nacional).

"El siete de julio el régimen llegó a las urnas en busca de legitimación para su dominio", porque "la salida electoral apareció... como la única manera de mantener el predominio (en forma de equilibrio inestable) de las clases dominantes sobre la sociedad nacional en momentos de agudización de la lucha de clases, y de desocupación de las élites burguesas aspirantes al poder". Volviendo a colocar "la lucha de clases en los términos previos al estallido de marzo de 1962", las clases dominantes, mediante el comicio, consiguieron "rehacer y legitimar las formas institucionales de la dictadura burguesa expresadas en la constitución, volviendo a colocar al pueblo en situación de dependencia y pasividad política"¹.

¹ Los comicios del siete de julio y las perspectivas de la izquierda, Ediciones Vanguardia Revolucionaria, Buenos Aires, 1963, pp. 4-5.

¿QUÉ SE OCULTA TRAS LA ANULACIÓN DE LOS CONTRATOS PETROLEROS?

Luego de los comicios, el gobierno de Illia tiene que poner en marcha un vasto engranaje político tendiente a lograr un apoyo popular que, por lo menos, neutralice al peronismo. Esta política que se inicia con la anulación de los contratos petroleros y la fijación de precios máximos, facilita a la burocracia sindical peronista la acción frenadora sobre sus bases.

Pero lo fundamental en la anulación de los contratos no es la demagogia para conseguir dividendos políticos, sino la lucha antiimperialista oculta tras este acto de gobierno. Si este episodio puede sentar las bases de una política de captación popular, por otro lado inicia el enfrentamiento ya delineado en el mapa político a partir del desplazamiento del poder de los intereses yanquis.

¿Qué papel jugarán los grupos administradores de los intereses norteamericanos (UCRI, frigerismo)? Tenderán a agitar el problema del "autoabastecimiento y el desarrollo", conformarán el aparato político de la oposición y moverán tras esos planteos a algunos sectores del ejército, en una acción combinada destinada a conmovir la relativa estabilidad en que se mueve este gobierno.

La anulación de los contratos petroleros no encuentra su explicación total dentro de los límites del país. Forma parte de todo un plan internacional. Hemos dicho antes que estábamos asistiendo a una nueva lucha por el logro de zonas de influencia no sólo para asegurarse mercados, sino especialmente, provisión de materias primas, elementos estratégicos y, en fin, el control de zonas geográficamente indispensables desde el punto de vista militar. Los contratos firmados por Frondizi estuvieron destinados sobre todo a establecer el control del imperialismo sobre extensas áreas que guardan una riqueza petrolera tan considerable que, como fuente de reserva, figuran entre las más importantes del mundo, y atendiendo a su ubicación en el cono sur de América Latina, representan un baluarte vital para Occidente, especialmente teniendo en cuenta que las otras zonas de provisión de petróleo (sobre todo del Medio Oriente), en caso de un conflicto bélico, son más inmediatamente vulnerables a un eventual avance soviético. Si Europa, y especialmente el MCE, logra arrebatar el control petrolero yanqui sobre el cono sur latinoamericano tendría en sus manos un importante elemento de negociación para fijar su peso dentro de la alianza occidental, independientemente del hecho de que sus capitales podrían llevar a cabo inversiones altamente redituables.

El posible avance sobre las reservas petroleras argentinas no está desligado de la política petrolera competitiva con los grandes monopolios llevada a cabo en el Medio Oriente, la vinculación con el mercado socialista y el control sobre el Sahara. Un eslabón importante en esta cadena lo configura el ENI, que es la empresa que, dentro del MCE, está en mejores condiciones para llevar una ofensiva en el mercado petrolero.

En el caso de la Argentina es muy posible una concordancia petrolera con los intereses británicos, dado el peso que éstos tienen en el mercado interno. El gobierno se apresta a disponer todos los terrenos posibles en los cuales preparar la lucha, y dejando, por supuesto, las puertas abiertas a un arreglo. En efecto, es posible que el tratamiento judicial que recibe el procedimiento de anulación responda a esas intenciones. Incluso la forma en que se encare el futuro de la política petrolera desde la firma de nuevos contratos hasta la gestión directa por YPF con financiación desde el exterior.

La estabilidad del gobierno estará determinada por la repercusión que adquieran internamente estos puntos de choque en la lucha interimperialista.

La característica de las contradicciones secundarias en los últimos meses es que se han manifestado como *contradicciones interimperialistas casi exclusivamente*. Ahora bien, si las contradicciones interoligárquicas, insertadas con las contradicciones interimperialistas, afloran con más fuerza a partir de la política económica del gobierno, el margen de sustentación interna de éste se restringiría, para terminar eclipsándose casi totalmente si los sectores populares se le enfrentaran. Esto significa que, independientemente de la repercusión que la disputa interimperialista tenga en las FFAA, ella sólo será capaz de profundizarse si encuentra repercusión interna en los sectores oligárquicos y en las clases populares. Para que ello suceda, el gobierno tendrá que hacer frente a un difícil equilibrio. Una de las formas de neutralizar esa repercusión es impidiendo que se agraven los problemas económicos. El gobierno responde a ello con una emisión que ya está por romper los límites que impone la legislación correspondiente, y en esa emisión descontrolada debe verse el factor más importante de la relativa estabilidad por la que pasamos. Asentada sobre bases tan endeble, el margen de maniobra del gobierno estará limitado por la suba de los costos, la inflación y la devaluación monetaria, que planteará innumerables conflictos internos; entre ellos, en los primeros meses de 1964, figurará el vencimiento de numerosos convenios laborales.

Entretanto, entre los militares, ya se dan los primeros pasos del futuro reagrupamiento de fuerzas. La política desarrollada por los nasseristas, según se explicara más arriba, y su continuación y culminación en la política radical del pueblo, preparaba las condiciones para un reforzamiento de los colorados. Frente a esto, y ubicándose en el bando proyanqui, los azules reestructuran su estrategia tendiente a evitar las reincorporaciones coloradas, oponiéndose a la política petrolera y escindiéndose cada vez más de los nasseristas.

LA FORMACIÓN DEL NUEVO PARTIDO

Lo expuesto significa que ante los enfrentamientos que se avecinan la burguesía está tendiendo sus líneas. ¿Hacen lo mismo las fuerzas populares?

En el peronismo, la burocracia política y la burocracia sindical, aisladas de las bases, se preparan para embarcarse en la política imperialista de uno u otro bando, mientras el movimiento se desintegra. Expresión de ello es la presentación de diversas listas peronistas enfrentadas entre sí en algunos gremios, entre ellos el de la carne. Por otra parte, la defenestración de Sosa del cuadrunvirato pudo cumplirse sin ninguna conmoción, lo que evidencia el control total que tiene la derecha sobre el aparato político. Como excepción debe marcarse el proceso por el que pasa la Juventud Peronista y algunos grupos de izquierda aislados, de cuyas filas tendrán que salir pronto valiosos cuadros para el reagrupamiento de las fuerzas de izquierda en torno al objetivo de la formación de la futura vanguardia.

El P.S.A.V. ha pasado, también, por un proceso de desintegración que ha agotado las perspectivas de división interna. A los cuadros revolucionarios del socialismo les corresponde ahora la etapa de la reconstrucción. Se abre ante ellos la perspectiva de generar una fuerza políticamente superior, es decir, deberán incorporarse al reagrupamiento.

Con respecto al P.C., digamos que su línea política está en función de lo que Illia haga o deje de hacer. Si anula los contratos petroleros: es "bueno", si no permite la reapertura de locales: es "malo"; es decir, la eterna concepción de los dos platillos de la balanza. Incapaz de crear una línea política independiente, el P.C. no puede dejar de moverse detrás de las opciones que le suministra la burguesía dando paso a la teoría de las presiones que se limita al "apoyo de lo más progresista contra lo más reaccionario".

En todos los casos citados, la falta de una línea política independiente, lleva a las oscilaciones. El peronismo, entre el imperialismo yanqui y el MCE; el socialismo de vanguardia entre el peronismo y el comunismo; el comunismo según lo progresista o lo reaccionario del gobierno. El pendularismo político significa que, a la larga, es la burguesía la que determina las perspectivas políticas de la izquierda, mientras los movimientos se desintegran porque las bases no se sujetan a todos y cada uno de los vaivenes.

La opción no puede ser más clara: línea política independiente. Como grupo escindido del P.C. e interpretando la problemática de la izquierda revolucionaria en la etapa actual, creemos que la tarea fundamental es la del reagrupamiento para formar la futura vanguardia. Ahora bien, el reagrupamiento debe reconocer un centro de gravitación, un eje. Para ello planteamos la formación del nuevo partido, que entre en el reagrupamiento como una fuerza más, pero como centro de gravitación del mismo hasta consolidar la formación de la vanguardia, o hasta que otra fuerza política surgida también del proceso de reagrupamiento lo sustituya como eje, por poseer una homogeneidad política y organizativa superior.

La tarea es, pues, la formación del nuevo partido para agudizar el reagrupamiento e ir trazando una tarea política independiente que tenga como objetivo el empezar a trasladar la iniciativa política argentina de su actual ubicación en las luchas interimperialistas al desarrollo revolucionario.

Juan Carlos Portantiero

Crisis en la izquierda argentina

Tras sesenta años de experiencia teórica y práctica en la sociedad argentina, las izquierdas eran expresión resueltamente minoritaria en el movimiento obrero. El rasgo fundamental de la autocrítica marxista-leninista obliga a colocar el eje del exámen de la contradicción entre postulaciones y realidades en la estimación de las propias fallas internas. Antes de la aparición del peronismo y más agudamente entre 1943 y 1946, los grupos que manifestaban expresar a una izquierda revolucionaria evidenciaron una incompreensión absoluta sobre los cambios que se operaban en la estructura de la clase trabajadora y, por lo tanto, se vieron incapaces de absorber dinámicamente este fenómeno. Así, se abisma aún más la incomunicación entre la izquierda y la clase obrera; la causa fundamental es que los lazos entre ambas siempre intentaron anudarse, a nivel político, en relación con las contradicciones secundarias y no con la contradicción fundamental. Las potencialidades del proletariado sólo se conservan en el seno de la empresa, lugar donde el sistema muestra toda su explotación, y donde, por lo tan-

to, la izquierda revolucionaria encuentra los datos de la contradicción fundamental que con su lucha quiere superar. Es allí y sólo allí donde la crisis de la izquierda argentina podrá ser resuelta.

A partir de 1955 larvadamente y francamente luego de 1959, en la izquierda argentina comenzó a vivirse un proceso de crisis. Las raíces inmediatas que las determinaban no eran otras que las comprobaciones empíricas acerca de la incapacidad histórica para establecer relaciones operativas entre los grupos de izquierda y las masas obreras y populares. Tras sesenta años de experiencia teórica y práctica en la sociedad argentina, las izquierdas eran expresión resueltamente minoritaria en el movimiento obrero y su fuerza electoral no llegaba a más del cinco por ciento.

¿A qué atribuir esa contradicción entre postulaciones y realidades? Sin perjuicio de evaluar las debilidades en función del análisis de la política llevada a cabo por las clases enemigas, el rasgo fundamental de la autocrítica marxista-leninista obliga a colocar el eje del exámen en la estimación de las propias fallas internas. De otra manera las conclusiones no sólo serán parciales sino, por ello mismo, radicalmente incorrectas, en tanto intentan desplazar el manejo conciente de situaciones políticas y sociales por el análisis espontáneo y voluntarista.

Por infinitas vueltas que se le busque a la explicación, queda claro que el nudo que determina las relaciones entre la clase y su destacamento de vanguardia, (supuesta la existencia organizativa, formal, de éste) está fijado en la capacidad de éste para realizar un análisis correcto, histórico, de la estructura económico-social de un país, de las correlaciones entre las clases y de las contradicciones fundamentales y derivadas que emergen de la sociedad nacional. Sin ello no puede haber estrategia ni mediatización de la misma por una línea política que encuentre, paso a paso, la traducción de las necesidades económicas, sociales y políticas de las clases explotadas que son fuerza motriz de la revolución.

En general, la izquierda argentina careció de este análisis.

EL CICLO POSTERIOR A 1935.

El proceso de formación de toda sociedad es un continuo que se desarrolla a saltos. Es decir, que dentro de una unidad signada por el dominio que una clase o una alianza de clases ejercen sobre el conjunto de la sociedad, pueden desglosarse etapas que sirven como elementos

cíclicos de análisis. Si en 1890 se abre un ciclo, que concluirá en 1930 y cuya cresta más representativa podrá encontrarse en 1914-1918, caracterizado por ser la primera etapa en el crecimiento industrial argentino, en 1935 habrá de abrirse otro que, si bien puede ser estudiado como continuación del anterior, posee características propias que permiten aislarlo como unidad de análisis. En ese ciclo se estructuran los rasgos básicos de la sociedad argentina actual.

La continuidad con la etapa anterior está dada por la no superación del carácter dual, combinado, de nuestro crecimiento económico, que impide hablar técnicamente de un proceso de industrialización integrado y sí, en cambio, de un proceso de crecimiento industrial, de modernización económica "por medio del cual la industria se incrusta en la vieja estructura atrasada, adaptándose a la misma". Lo nuevo está dado, en sentido cuantitativo por el monto de ese crecimiento y en sentido cualitativo por el tipo de estratificación que el mismo produce en la sociedad nacional.

Entre 1935 y 1948 los establecimientos industriales pasan de 38.486 a 81.000 y el número de obreros ocupados en ellos de 418.000 a 917.000. La aparición de un empresariado de origen nacional (aun cuando lo fundamental de la inversión industrial siguió estando en manos imperialistas) y de un proletariado nacional de origen campesino, son los dos elementos fundamentales para explicar todo el ciclo político que arranca en esos días y que aún no ha concluido.

SIGNIFICADO DEL PERONISMO.

El poder político surgido a partir de 1930 y consolidado a través de alianzas que lo institucionalizan en la llamada "década infame", no expresaba esa nueva realidad en crecimiento, que cambiaba la composición interior de las clases dominantes, en la misma medida en que la Argentina de país agrario-industrial viraba a ser país industrial-agrario, con todas las limitaciones del desarrollo dual.

La nueva burguesía, por ese entonces, no contaba con su propio "partido", en la medida en que el radicalismo, mediatizado en una alianza con los terratenientes, no alcanzaba a representarla. Simultáneamente, la enorme masa de proletariado industrial recientemente urbanizado

zada difícilmente sería captada por las viejas estructuras políticas conservadoras: ella requería nuevos canales organizativos que sólo podrían proponerle las izquierdas o grupos intermedios. En 1945 un sector importante del Ejército asumió el rol de sintetizador de la nueva experiencia política de la sociedad argentina, confundiendo en un movimiento populista y alrededor de la figura de un caudillo, el crecimiento de la burguesía industrial y del proletariado industrial.

El elemento precipitante para la construcción de esa estructura política que es el peronismo, fue la jornada del 17 de Octubre de 1945 que debe ser estudiada como un momento muy dinámico de la lucha de clases en la Argentina.

El peronismo es la primera manifestación política de la nueva relación de fuerzas en el seno de la sociedad argentina. Es la expresión, en la sociedad política, de las transformaciones sufridas en la sociedad civil argentina, como resultado del crecimiento industrial. Es mucho más producto de la industrialización que causa de la misma, entendiendo que en el análisis de las situaciones sociales no puede hablarse de una causalidad mecánica.

Se trata, pues, de un nudo histórico en el que concluyen todas las contradicciones de la sociedad argentina, sometidas al "equilibrio" del Estado. Básicamente, en el peronismo encuentran expresión: 1) la contradicción entre la nueva burguesía industrial y la vieja aristocracia terrateniente, 2) la contradicción entre el proletariado y las demás capas y clases explotadas y el conjunto del sistema, 3) la contradicción entre el imperialismo británico y el imperialismo yanqui.

En una coyuntura económica favorable, el peronismo se estabiliza en el poder como alianza entre la nueva burguesía industrial, comercial, agraria y financiera y la vieja oligarquía terrateniente, obteniendo para la primera la posibilidad, inexistente hasta entonces, de participar del control del Poder. Al mismo tiempo el peronismo logra integrar al proletariado urbano y rural dentro de la nueva correlación política, neutralizando así, al servicio de la nueva hegemonía estructurada, los aspectos más explosivos de la lucha de clases, que habían tenido su cresta espontánea en la semana del 17 de Octubre de 1945.

LA EXPERIENCIA DE LA IZQUIERDA.

Para que la izquierda pudiera establecer vínculos reales con la historia (y no simbólicos como los que mantiene hasta ahora) era menester que participara de la experiencia de la clase revolucionaria. Resulta

taba evidente que la composición del proletariado industrial había variado al promediar la década del 30 y que, por lo tanto, los nuevos contingentes que constituían mayoritariamente el cinturón industrial en crecimiento, debían iniciar el ciclo de su autoconciencia histórica como principal fuerza motriz de la revolución argentina. Es claro que la historia de la clase obrera argentina no comenzaba con ellos, que detrás de ellos se prolongaba una experiencia nacida con las primeras asociaciones gremiales, nutridas por inmigrantes europeos que trajeron a la Argentina las ideas de la emancipación proletaria. Pero esa primera etapa de formación de la clase obrera ya había concluido: alrededor de ella se organizó el reformismo socialista, el anarquismo y el comunismo en la sociedad argentina. Surgía un nuevo proletariado, formado ahora a la manera clásica, es decir mediante la migración del campo a la ciudad, y el deber de la izquierda revolucionaria (la única justificación histórica para su existencia) era ayudar a organizarlo, compartir su experiencia, elevar su grado de conciencia política, integrarlo a las tradiciones globales del proletariado. Si la izquierda revolucionaria no lo hacía, los ideólogos burgueses formalmente desligados de la oligarquía política conservadora, capitalizarían el enorme poder social del nuevo proletariado para utilizarlo como grupo de presión burgués sobre dicha oligarquía política. Tal es lo que sucedió y con contradicciones lo que sigue sucediendo.

En el período previo a la aparición del peronismo y mucho más agudamente entre 1943 y 1946, los grupos que manifestaban expresar a una izquierda revolucionaria, evidenciaron una incompreensión absoluta sobre estos cambios que se operaban en la estructura de la clase trabajadora argentina y por lo tanto se vieron incapaces de absorber dinámicamente el fenómeno. A partir de este hecho debe remontarse todo análisis sobre la crisis de la izquierda en la Argentina. Todo lo otro es accesorio o meramente anecdótico, de modo tal que la manera de superar dicha crisis no es la autocrítica acerca de errores parciales, sino la redefinición integral de las relaciones entre la ideología revolucionaria y la clase revolucionaria, comenzando a estructurar hoy el andamiaje de intermediaciones políticas que no se construyó entre 1935 y 1945.

La causa fundamental de la incomunicación entre la izquierda y la clase obrera argentina es que los lazos entre ambas siempre intentaron ser anudados, a nivel político, en relación con las contradicciones secundarias de la sociedad argentina y no con la contradicción fundamental. Esto es, que en sentido político, no se estructuró (ni se estruc-

tura ahora) una ligazón con la clase a través de una política de clase, que coloque en primer plano la estrategia socialista y subordine a ella las fases primeras de la lucha, que en nuestro país poseen un contenido nacional democrático. En lugar de ello se ubicó en primer plano la constelación de contradicciones secundarias, de modo que la izquierda revolucionaria, en lugar de edificar una política independiente para la clase, tuvo que optar siempre por variantes de la política burguesa.

Este es el error fundamental, agravado por otro: ni siquiera fue elaborada correctamente, en muchos casos, la decisión por una u otra opción burguesa. Tal el caso de las elecciones de febrero de 1946, en las que se intentó arrastrar a la clase obrera industrial al voto por los candidatos de la Unión Democrática, siendo que cualquier elemental análisis acerca de las fuerzas que realmente conducían desde el punto de vista económico, político y social a esa alianza, indicaba que en ella se agrupaban los sectores más retardatarios de las clases dominantes, los sectores históricamente anteriores al crecimiento industrial.

La única posibilidad que la izquierda revolucionaria posee para fusionarse con la clase es organizar a ésta en función de la contradicción fundamental, la contradicción que enfrenta a las masas asalariadas con los propietarios de los medios de producción y que sólo podrá ser resuelta en el socialismo. Sólo a partir de allí, es decir a partir de lograr una correlación favorable en el sector social que es principal fuerza motriz de la revolución, puede garantizarse una política de alianzas con los otros sectores explotados, que acompañarán al proletariado en las primeras fases de la revolución socialista.

Estos y no otros han sido los puntos de referencia de la teoría leninista acerca de la hegemonía y de las alianzas en el proceso de la revolución.

Las tareas de una izquierda revolucionaria argentina en el actual período suponen la necesidad de recorrer el camino que no se ha recorrido, porque la historia no se saltea etapas. La crisis económica actual es una demostración de que la alianza burguesa-terrateniente emergida del proceso de crecimiento industrial es incapaz de promover, sin reformas que alteren la esencia del sistema, el crecimiento de la sociedad nacional. Este hecho, en cuanto radicaliza la experiencia de las masas, favorece las perspectivas de cambio revolucionario en nuestro país. Pero ya sea en los momentos de auge del ciclo (como en 1945) o en los depresivos como los actuales, la incapacidad histórica de la burguesía no suplanta a la capacidad organizativa del proletariado y de su vanguardia. Sin izquierda revolucionaria fundida con las masas obreras no habrá

proceso revolucionario en la Argentina y para la construcción de ese irremplazable dispositivo histórico se han perdido más de 20 años. Durante ese lapso, las clases dominantes si bien han desgastado sus posibilidades de demagogia económica y social, han montado un aparato de control burocrático en el seno de la clase obrera, cuyo poder es enorme. Ese aparato, que es una prolongación del Estado burgués en la clase trabajadora, encuentra su representación más notoria en el sindicalismo reformista que actualmente controla la dirección de la CGT y de los sindicatos más importantes.

Las potencialidades intactas del proletariado sólo se conservan en el seno de la empresa, lugar donde el sistema muestra toda su explotación sin máscaras y donde, por lo tanto, la izquierda revolucionaria encuentra, en manifestación espontánea, los datos de la contradicción fundamental que con su lucha política quiere superar. Es allí y sólo allí donde la crisis de la izquierda argentina podrá ser resuelta. Pero para poder encontrar el diálogo político, hoy inexistente, entre la izquierda y el proletariado, en el único lugar en que el proletariado no pueda ser fácilmente mediatizado por la burguesía, la izquierda deberá comprender que, de alguna manera, ella también ha sido mediatizada por las clases dominantes, al haber sido incapaz de analizar el proceso de los últimos treinta años desde la única perspectiva válida para una vanguardia revolucionaria: la de la experiencia histórica del proletariado.

La grandeza terrateniente y el control del poder

La oligarquía terrateniente argentina, nacida en los cauces del desarrollo colonial mismo, mantuvo su dominio absoluto hasta 1944. Desde entonces se han producido cambios importantes por el crecimiento industrial y que no han sido comprendidos políticamente, pero el crecimiento de la industria no debe ser entendido como un crecimiento competitivo frente a la oligarquía terrateniente por las mismas características que éste revistió. La oligarquía retoma, a partir de 1959, su peso dominante en la estructura productiva de nuestro país, originando cambios políticos de gran trascendencia. La crisis iniciada en ese año fue instrumentada por la propia oligarquía terrateniente, para realizar avances importantes sobre el sector industrial, mientras las condiciones de atraso técnico del campo, siguen siendo la base de ese mayor poder oligárquico, por lo que debe ser revisada la concepción y la estrategia tradicional de la izquierda revolucionaria en nuestro país. Frente a este gran poderío oligár-

quico, y frente a los cambios en el polo político advertidos en el mundo en los últimos lustros, la labor de movilizar a las masas explotadas del campo, labor olvidada totalmente por nuestros "revolucionarios", resulta condición indispensable para aplastar al principal poder, el oligárquico, y puede ser el punto de eclosión de la Revolución Argentina.

La producción pecuaria ha sido la primera base de prosperidad de lo que es hoy el territorio argentino. En ella radicó su capacidad económica el sistema colonial español y ella fue el centro de interés del imperialismo inglés ascendente en las décadas del siglo XIX. Sobre ella se levantó la estructura productiva argentina y, por ende, el poderío de las propias clases dominantes. A través de todos los conflictos políticos dados como manifestaciones superestructurales del proceso argentino, el conflicto económico signado por el empujamiento de la oligarquía agropecuaria terrateniente, tuvo una incidencia determinante.

En el terreno estrictamente económico, cabe reiterar que los sectores pecuarios primero, y los agropecuarios después, han significado el grueso de la capacidad productiva de nuestro país hasta una fecha muy reciente: 1944. Las razones de esta predilección agropecuaria en el desarrollo de nuestras fuerzas productivas, deben ser buscadas en dos hechos: por un lado, las necesidades del imperialismo naciente, y, por el otro, las posibilidades naturales ofrecidas por el país.

Las tareas a que estaba abocada la burguesía europea le imponían, a lo largo del siglo XIX, la búsqueda de mercados para los productos industriales y de fuentes de aprovisionamiento de materias primas. Las condiciones naturales de nuestro suelo nos dieron el papel de proveedores de productos agropecuarios, con lo que se inició una línea de desarrollo de las fuerzas productivas que caracterizó todo el proceso.

Resulta así que el poderío prediseñado por las preferencias agropecuarias en el desarrollo darán para el país una estructura económica, social y política definida, en que el imperio de la oligarquía agropecuaria y comercial conectada, será decisivo. Este esquema predomina en la vida nacional durante un período prolongado. La oligarquía aliada al naciente imperialismo resulta el nexo eficiente entre el mercado mundial y la porción del mismo constituida por el mercado argentino. Controlando la producción, la industrialización, el transporte y la comercialización de la producción agropecuaria en colaboración con el imperialismo, empuja los cambios económicos y políticos en el sentido de un

afianzamiento de su poderío jugando dentro de las contradicciones propias del mercado mundial y del mercado argentino. A comienzos del siglo la producción agropecuaria es la principal en el marco económico, y las dos clases fundamentales que participan en ella, la oligarquía y el campesinado, son dos de las clases principales en el marco de la lucha de clases y de la estructura de poder de nuestro país.

COMIENZA EL CRECIMIENTO INDUSTRIAL

En 1914, en 1929 y en 1939 se inician, sin embargo, tres procesos de crecimiento industrial que cambian la estructura productiva, social y política del país en alguna medida. Se han presentado en términos absolutamente contradictorios, dentro de la izquierda argentina, los procesos de crecimiento industrial y de dominio agropecuario, pero nosotros entendemos que la contradicción, si bien existe, se diluye considerablemente en cuanto se advierte qué clase de crecimiento industrial se produjo y qué participación tuvo en él la oligarquía terrateniente. Resulta interesante destacar, como primera aproximación al problema, el hecho de que *los tres periodos de crecimiento se realizaron bajo el control político de la propia oligarquía agropecuaria* y que ninguno se inició con cambios políticos importantes que presupusieran un desplazamiento de la oligarquía, pues hasta el mismo golpe de 1930 tuvo un neto carácter restaurador y no lesivo de su control.

En última instancia, es posible pensar que los cambios en el mercado mundial dados en esos tres períodos, forzaron a la oligarquía a aceptar y propiciar un crecimiento industrial, como condición de equilibrio económico del sistema nacional de poder y como garantía de estabilidad política interna. Pero, aparte de esto, los procesos de crecimiento industrial han producido para nuestra oligarquía un beneficio generalmente ignorado en los análisis del período. Este tercer beneficio, deriva del crecimiento del mercado interno argentino de consumo logrado por acción del crecimiento industrial. Este crecimiento, aparentemente contradictorio con los intereses exportadores, tiene sin embargo una gran importancia, porque *es lo que ha permitido a la oligarquía soslayar las crecientes dificultades a que debe enfrentarse en el mercado mundial*. En el análisis del período actual, esto surge con claridad: un mercado interno de consumo amplio, aseguraba a la oligarquía la perpetuación del ritmo productivo antieconómico escapando a su propia dependencia con respecto a la demanda internacional.

De todos modos, el crecimiento de ciertos grupos industriales que requieren también una alta capacidad de compra en el mercado interno, crecimiento que se operó en el período señalado, llevó, a medida que esos grupos aumentaban su poderío y su peso específico, a una agudización de ciertas contradicciones secundarias internas. No en vano en 1944, año clave para el proceso político argentino, los sectores industriales superaron por primera vez a los agropecuarios en su peso específico en el Producto Bruto Nacional. Había así una oligarquía terrateniente y comercial-exportadora y una burguesía industrial y comercial-importadora de peso parejo en el contexto económico nacional. Pero esto no debe ser visto como un enfrentamiento decisivo y abierto, pues hay mutuas relaciones de dependencia de mucha importancia entre uno y otro sector.

Parece bastante claro que la oligarquía pierde el control del aparato parcialmente a partir de ese año crucial de 1944. Y desde un punto de vista económico, esta pérdida de poder parece bastante justificada a la luz de la autonomía económica y financiera adquirida por los sectores industriales. Este es un hecho de mucha trascendencia porque sirve para comprender toda la estrategia seguida por la oligarquía en el largo período transcurrido hasta hoy. Los sectores industriales disponían, entonces, de capacidad productiva, de demanda interna y, lo que es fundamental, de recursos acumulados durante el período bélico por la gran mejoría de nuestras exportaciones. Esta suma de riqueza, este gran excedente acumulado, permitía intentar la carrera industrialista sobre esa capacidad de importar perecedera. Pero para que este poder se afianzara debían darse alguna de estas dos tareas conexas: o desarrollo de los sectores básicos de la industria que la independizaran de las importaciones, o manejo del excedente agrario en divisas dado por las exportaciones y que permitiera un incremento de las mismas a través de cambios en la estructura del campo. Si no se cumplía alguno de estos procesos, la euforia burguesa era totalmente permisible. Desde el momento que la propia relación de esa burguesía con los intereses imperialistas le impidió llevar a cabo el desarrollo de los sectores básicos y no habiéndose encarado el cambio en la estructura agraria, el retorno de la oligarquía, sólida en el control del único aparato productor de las divisas que la industria no integrada requiere para hacer sus compras y funcionar, resultaba prácticamente inevitable.

Por encima de todas las batallas dadas en los últimos quince años, en la arena de la contradicción secundaria oligarquía-burguesía, la oligarquía terrateniente argentina, capitaneada por la oligarquía pampeana agropecuaria, mantenía el control de dos elementos básicos: las divisas que la industria habría de necesitar cuando se comiera las reservas de 1944 y el aprovisionamiento de los bienes menos prescindibles al mercado interno nacional. Tenía en sus manos el control del acceso de la burguesía al mercado exterior y al propio mercado nacional y, por ende, el control del excedente y de la capacidad de inversión del país. *La burguesía, nacida como complemento al poder oligárquico imperialista, no podía ni pudo abandonar esa condición durante la época de oro de 1944 a 1952.*

De la comprensión de este proceso se debe arrancar para estudiar la situación del presente tratando de comprender la estrategia de una oligarquía revitalizada a la vuelta de casi una década de flamíferas declaraciones en las plazas y calles del país que la daban como históricamente liquidada, a pesar de que seguía siempre presente en la escena económica, social, política y militar del país.

A partir de la política inaugurada en 1959, la recuperación de posiciones de la oligarquía, que implican no un desplazamiento del otro sector, sino un aumento de su participación porcentual en la explotación de la clase obrera y el campesinado y un aumento en el control del poder político, se volvió evidente y veloz. La sola devaluación monetaria de ese año, le significó a la oligarquía agropecuaria un traspaso de beneficios del orden de los 200 a 250.000 millones de pesos actuales, traspaso realizado a costa de los sectores industriales burgueses. Pero la política económica del frondicismo también fue apoyada por la burguesía porque ella se benefició de la traslación principal de riqueza, producida de *las clases explotadas a las explotadoras*. Lo sucedido es que esa traslación fundamental se repartió entre la oligarquía y la burguesía en una relación de 5 a 1. *Como siempre, las dos estaban unidas en la tarea de explotación, peleando sólo para establecer la porción correspondiente en el reparto.*

La gran política de devaluaciones periódicas, ha sido la llave maestra del operativo oligárquico. Esclerosada totalmente la capacidad agraria de aumentar la producción, por propio interés de la oligarquía, ésta ha logrado imponer el mito y la necesidad de las continuas ayudas al campo. Desde el momento que la industria necesita exportaciones para

obtener divisas, los sectores exportadores logran imponer la política gubernamental. Y esta imposición ha llevado a dos cosas: la crisis por falta de mercado interno para los productos industriales y la iliquidez por la tan cacareada política antiemisionista. Aquí la oligarquía maneja, a partir de la pauperización del consumidor, consumada con la complicidad burguesa a través de las traslaciones mencionadas, el otro elemento de su poder: la indispensabilidad alimenticia de su producción. Mientras los productos alimenticios se valorizaban por efecto de las devaluaciones, el mercado de los productos industriales se contraía al mismo ritmo. El país tendría, es cierto, mayor capacidad de compra en el exterior, pero a costa de que la industria no tuviera mercado a quien venderle los productos. Así se ha llegado a la paradoja de este año 1963 con gran superávit en el balance comercial por el simple hecho de que la industria no compra porque no tiene a quien venderle.

Así la oligarquía tiene hoy el control de la demanda interna, al imponer los precios de los productos alimenticios desplazando a los industriales. Pero, además, como es el único sector que llega al mercado exterior con sus productos, es el único que tiene divisas y liquidez, pues las divisas son cambiadas en el mercado de cambio al contado. *Con mayor riqueza y con mayor liquidez, la oligarquía ha ido tomando posesión de buena parte del aparato industrial y comercial del país creado en la época de oro burguesa.* Pero dentro de la propia burguesía hay un movimiento de concentración en manos de las empresas relacionadas con el imperialismo y que tiene así acceso a apoyos financieros exteriores que caracterizan la dependencia argentina del presente.

LA OLIGARQUÍA APROVECHA LA CRISIS

Ahora bien, todo este proceso se da en el marco de dos situaciones contradictorias para la oligarquía argentina, por un lado el deterioro de sus posiciones en el mercado mundial y por el otro, el manifiesto estancamiento de la producción agropecuaria argentina del litoral, que es la que llega al mercado mundial y la que fundamenta el poderío de la oligarquía capitana. Sin embargo ambas cosas están relacionadas. Lo cierto es que la pérdida de posiciones de los países productores de materias primas, que constituyen la totalidad del mundo dependiente y que es una forma directa de aumento de la explotación a nivel internacional, es trasladada por la oligarquía argentina al resto del aparato productivo a través de su incapacidad productiva. *Ella opera así como agente de la mayor explotación imperialista a través del mecanismo de*

precios internacionales. Con la crisis generada en el país en los últimos años, la oligarquía ha aumentado su control del mercado interno, y en la medida de su capacidad productiva ha valorizado lo poco que produce. Desde el costado de los beneficios, la monopolización de la tierra, dentro de un marco de baja producción, ha llevado a un incremento de la renta usufructuada por el terrateniente. Los altos precios de los productos agropecuarios le permite succionar el mercado interno en detrimento de los otros productos más prescindibles entre los que ocupan destacado lugar los industriales.

Usando el mercado interno ampliado gracias al proceso de crecimiento industrial a que nos refiriéramos anteriormente, la oligarquía ha trasladado sus dificultades internacionales gracias a la indispensabilidad y escasez de su producción. *Logra así una situación de privilegio, sin necesidad de realizar inversiones suplementarias y transformaciones que serían requeridas para recorrer el camino opuesto: el de la tecnificación.* Porque la propia crisis le permite soslayar los problemas de costos que ha creado al campo el crecimiento industrial en todo el mundo: impuesta la desocupación en la industria, esto implica permanencia de mano de obra en el campo, y, con el crecimiento demográfico, muy veloz en las zonas rurales, aumento de la desocupación en esas zonas, con lo que, al volverse la mano de obra barata y abundante, la mecanización se vuelve innecesaria. *Así, la falta de tecnificación que origina el proceso, se vuelve reductible a través de la innecesariedad de una parte fundamental de toda tecnificación, vale decir, la mecanización.*

Esto implica desvirtuar definitivamente las teorías que pretenden asentar la incapacidad productiva de las clases dominantes agrarias en un simple "no querer". De lo que realmente se trata es de que a la oligarquía terrateniente *no le conviene, en términos estrictamente económicos, mejorar la producción,* por lo que todo intento dirigido a llevar a cabo una reforma agraria verdadera, debe comenzar por el desplazamiento de esa oligarquía terrateniente del poder. Esto debe ser claramente comprendido dentro de la izquierda, para no seguir aplicando al análisis de esta incapacidad productiva agropecuaria, un esquema de neto corte voluntarista.

La reiterada vocación pedagógica del Partido Comunista Argentino y de otros sectores de la izquierda, que han centrado su tarea agrarista en convencer a la burguesía de la importancia que para ella tiene la realización de la reforma agraria, se estrella contra una realidad sólo comprensible a nivel de un análisis verdaderamente marxista. La bur-

guesía, nacida y funcionando como apéndice de la oligarquía dominante y de creciente poderío, comprometida en la explotación imperialista y con intereses dependientes del poder oligárquico, está totalmente incapacitada de pasar de la postura declamatoria que la caracteriza y que se ha convertido, de tal modo, en la única expresión de la revolución en el agro que postula la vieja izquierda. *La oligarquía que controla el mercado interno de consumo y el acceso al mercado mundial ejerce un control del poder por encima de cambios transitorios en la situación interna del país, adaptándose a las transformaciones del mercado mundial en una actitud de supervivencia y afianzamiento totalmente coherente.*

LA ENDEBLEZ ANTIOLGÁRQUICA DE LA IZQUIERDA

Todo este mayor control político del presente, que no implica más que la manifestación de un cambio en la estructura de reparto de la plusvalía nacional, es el resultado de la pérdida de empuje de la enclenque y comprometida burguesía nacional en medio de la crisis económica del presente, crisis provocada por las deficiencias generales de la estructura económica y particulares del sector agropecuario y crisis que la oligarquía preserva e instrumenta en su propio beneficio y en el de sus socios inseparables: los sectores imperialistas. Todo lo expuesto no significa plantear un proceso de retorno oligárquico después de un alejamiento, porque en realidad no ha habido en el país más que cambios cuantitativos en los términos de participación de la burguesía y de la oligarquía en el reparto de los beneficios de la explotación capitalista. Lo que queremos destacar es, sin embargo, que sobre el hecho objetivo de que a partir de 1959-60 los sectores agropecuarios recuperaron su antigua posición dominante en la formación del Producto Bruto Nacional perdida en 1944, se han producido algunos cambios políticos importantes que la izquierda argentina no ha analizado aún con claridad.

Lo que sí es posible plantear a esta altura de nuestro análisis, es que el poderío de la oligarquía que se asienta en la producción agropecuaria tiende a acrecentarse y que la lucha contra ella se vuelve, en la misma medida, cada vez más importante, no solamente por este aumento de poder actual, sino porque ella representa el pilar esencial en la estructura de atraso y dependencia de nuestro país. En este punto coinciden la totalidad de las fuerzas de izquierda de nuestro país. La lucha antioligárquica, como bandera reivindicativa de las clases explotadas ha sido tradicionalmente levantada por todas las agrupaciones y

movimientos populares argentinos. Por ello resulta mucho más sorprendente y llamativo el poderío que estos sectores de las clases dominantes argentinas siguen teniendo por encima del largo proceso de luchas populares argentinas. *Es que tenemos que comprender, de una vez por todas, que la lucha antioligárquica no ha pasado jamás, en nuestro suelo, de una postura declamativa.*

Ni el gobierno declamativamente "antioligárquico" de Juan Perón afectó las bases de la sustentación oligárquica, favoreciendo en cambio su engrandecimiento al desperdiciar las posibilidades económicas de industrializar al país en forma integrada, ni el Partido Comunista Argentino, autotitulado vanguardia de las clases explotadas y que hizo siempre de la lucha antioligárquica bandera primordial de combate, realizó nunca una verdadera tarea de deterioro del poderío real de estas clases. Lo único intentado reiteradamente, a través del seguidismo a la burguesía, era volcar el platillo de la contradicción secundaria, sin eliminar la condición de explotación en que se debaten las clases obreras y campesinas nacionales.

Esta manifiesta incapacidad, extensible a toda la izquierda, se pone de manifiesto superestructuralmente, en la simple observación de las conquistas sociales logradas por la clase obrera frente a la orfandad en que continúan los sectores campesinos. Se ha podido instrumentalizar por el camino de los sindicatos un frente contra la burguesía más o menos eficiente, pero nada se ha logrado ante el enemigo más poderoso del aparato de poder, pues las luchas campesinas y del proletariado rural se caracterizan por su inorganicidad y languidez incluso en aquellas zonas donde la concentración y el grado de explotación presentan condiciones objetivas inmejorables.

LAS POLÉMICAS SIN LA ACCIÓN

Por sobre esta incapacidad real, se ha extendido, en cambio, una larga y penosa polémica en torno al problema de la estructura del campo argentino. Porque es indudable que el establecimiento de las condiciones concretas en que se opera en las distintas zonas agrarias nacionales, va a dar la medida precisa de la línea política nacional y de los procesos zonales, así como la visión de los problemas a ser enfrentados en el proceso inmediato posterior a la toma del poder en todo movimiento revolucionario de masas. Pero la magnitud y la pobreza de la discusión llevada a cabo hasta hoy, es el resultado de un conocimiento muy superficial y esquemático de la realidad, lo que ha con-

ducido a largas e infértiles teorizaciones creando divisiones ficticias entre los distintos criterios. También se ha seguido el proceso inverso, intentando demostrar la existencia de condiciones que se ajustaran a líneas políticas establecidas en función de otros intereses y conveniencias.

Lo que resulta sin embargo muy claro de todo el proceso discursivo, es que en el país hay un vacío de organizaciones revolucionarias que, como partido, fueran capaces de aportar, en tanto instrumentos de conocimiento y de acción, datos concretos sobre los problemas que se enfrentan en cada zona y en cada región. Porque si bien es cierto que muchos detalles técnicos del asunto no serán conocidos mientras las clases explotadas no tengan acceso directo al poder, no menos cierto es que una organización revolucionaria integral, está en condiciones de suministrar una información completa y coherente sobre los reales problemas agrarios y la estructura del régimen económico de propiedad y explotación. Resulta así que la incapacidad de presión directa sobre la oligarquía y la larga y estéril disputa en torno a la estructura agraria, están unidas por la misma deficiencia: *la ausencia del partido revolucionario que llegue al campo como instrumento de conocimiento y de transformación, a través de la movilización de las masas campesinas y proletarias agrícolas.*

Y este vacío resulta mucho más serio en este momento del proceso histórico y en esta región del mundo. Es evidente que la capacidad revolucionaria pasa en el mundo contemporáneo fundamentalmente por los países dependientes del imperialismo, y no por la combatividad de las clases obreras de los países desarrollados. Y este cambio del polo político hace que la participación del campesinado, clase de fundamental peso en esos países dependientes, se haya vuelto de más en más determinante de las eclosiones revolucionarias. La observación de este hecho, puesto de manifiesto últimamente tanto por la Revolución Cubana como por la Guerra Argelina de Liberación, no ha sido siempre seguida por una explicación política de la alteración del primitivo esquema marxista de la revolución en los países desarrollados por acción de la clase obrera. Parece posible pensar que la penetración imperialista en los centros urbanos de concentración industrial, su control más directo y eficiente tanto de la lucha ideológica y política como de los aparatos represivos y otros factores menores, han llevado a que la lucha de las clases campesinas sea el elemento de eclosión más vivaz en el proceso revolucionario. A esto debe agregarse, en nuestra América Latina, la larga tradición de luchas agrarias victoriosas que parecen ser una constante histórica y que forman parte de nuestra propia tradición.

Esta tesis enfrenta a ciertos criterios mecanicistas que han sostenido en nuestro país que el desarrollo de la clase obrera por acción del crecimiento industrial era el nudo del proceso revolucionario. Lo cierto es que la clase obrera por sí sola no implica el proceso revolucionario, pero esto no significa negar la verdad de que ella debe ser la conductora del mismo y la garantía del paso al proceso socialista. Pero es indudable que la eclosión puede darse, muy bien, en los sectores más pauperizados y concentrados del campesinado de ciertas regiones de nuestro país.

Por ello, a continuación del problema de establecer la estrategia global en este proceso de agravamiento de la explotación por parte de las clases dominantes, con peso preferente de la oligarquía, aparece la cuestión de la táctica en la tarea de llevar adelante el proceso revolucionario mismo. En este orden de ideas, es necesario llamar la atención de la izquierda revolucionaria sobre dos aspectos fundamentales de la cuestión, a saber: la heterogeneidad económica y social del agro argentino, y la necesidad derivada de fijar tácticas distintas en cada región en función de las necesidades inmediatas y de la tarea más general de llevar adelante el proceso revolucionario.

Porque partiendo de la base de que la estructura misma es distinta en San Juan o en Río Negro que en Corrientes o en Jujuy, hay que analizar qué aportes concretos pueden realizar los campesinados de esas estructuras a la tarea revolucionaria inmediata, base de toda transformación cualitativa en el poderío de la oligarquía y de la burguesía nacionales.

La izquierda no ha llegado al campo. No ha llegado ni al proletariado rural ni al campesinado, pero, lo que es más grave, no ha llegado al proletariado rural, la clase más explotada de nuestro agro y la más combativa. Porque mientras se ha hecho de la reforma agraria una bandera de lucha para el estudiantado pequeñoburgués o para la burguesía llamada nacional, la reforma agraria, proclamada con razón como punto de partida de todo proceso de transformación positiva, no ha sido defendida por las clases directamente interesadas en la misma, vale decir, las clases agrarias explotadas. Sorprendente paradoja en la estructura estratégica de los partidos rotulados marxistas leninistas: la reforma agraria argentina sólo tiene defensores extraagrarios.

La lucha campesina es fundamental y está totalmente olvidada por la izquierda argentina. La lucha campesina es fundamental porque seguimos siendo un país agrario y dominado por la oligarquía con intereses agropecuarios en primer lugar. La lucha campesina es fundamental porque la experiencia americana y el proceso mundial de los últimos años parece señalarnos que la revolución aquí y ahora comienza en las sierras, en las selvas y en los llanos, antes que en los suburbios de nuestras urbes industriales. No entenderlo así, perpetuarse en una ineficacia abonada por discusiones estériles, implica asegurar el retraso en el paso a la Revolución, en otras palabras, asegurar la perpetuación del régimen de poder de las clases dominantes y explotadoras de la Argentina.

¿Puede pensar un militante de izquierda?

Hay en nuestro país, un profundo divorcio entre ideología revolucionaria, acantonada en grupos intelectuales de la pequeña burguesía y la actividad revolucionaria de las masas obreras en su mayoría guiadas por una orientación nacional burguesa. Las "izquierdas" no han sabido superar hasta el presente esta situación.

Se constata que el grupo de mayor peso de dichas "izquierdas", el Partido Comunista, no obstante haber realizado una importante tarea de agitación antiimperialista y antioligárquica, no se ha constituido, a más de cuarenta años de su creación, en vanguardia de la clase. Ello se debe a que su línea política, refleja más el intento de alcanzar una alianza con los partidos burgueses que el de recoger y expresar las aspiraciones del proletariado, a lo que se ha llegado a través de un complejo proceso histórico. Al entrar en contradicción estos planteos con las aspiraciones de los afiliados al P.C., se viene intentando disimular esta antítesis induciendo a los militantes a que se limiten a cumplir fiel y formalmente las consignas, lo que hacen desplegando un formidable valor y abnegación revolucionarios. Esto, ha de tener como complemento indispensable, el embotamiento de todo análisis crítico o de elaboración personal que puedan efectuar dichos militantes.

Pero ello entra en contradicción con algunos requerimientos básicos que ha de tener todo miembro de una organización revolucionaria. Por un lado, el que cada uno sea un foco de orientación política y de organización práctica, con un sentido verdaderamente creador y con la flexibilidad para adaptarse a las condiciones de cada caso, de modo que tal cual se ha dicho "se libere de la vieja carga y haga funcionar su cerebro". Además, como dijo Marx, sólo se alcanzará el éxito mediante la práctica-crítica, es decir, la continua constatación de la eficiencia de la línea política por aprovechamiento crítico de las experiencias de cada militante persona y colectivamente analizadas y discutidas. Así, los planteos tácticos y estratégicos y su concreción, han de ser el patrimonio de la labor creadora de todos, y, por tanto, de cada uno de los miembros de la organización revolucionaria.

Lamentablemente en nuestro país, hay que seguir distinguiendo entre "las izquierdas" y las masas obreras y campesinas. Las primeras, pequeños grupos de extracción burguesa, mantienen las reservas teóricas de la revolución, la ideología de la transformación de la sociedad, si bien a un nivel muy abstracto y con frecuencia plagado de vetas espurias. En cambio, en el proletariado, que es el sector revolucionario, no se ha encarnado todavía la teoría revolucionaria que estructure su lucha. Teoría y práctica se dan, pues, disociadas no ya a nivel individual, sino en el de la dinámica general de la sociedad. Y ello ocurre así en momentos en que los tanteos espontáneos de las masas populares muestran a éstas en la búsqueda de sus caminos de liberación, aunque aún sin el croquis que les permita identificarlos.

¿Por qué se produce esta grieta que desgarró el proceso revolucionario? Como Lenin decía, el movimiento obrero no puede autogenerar su propia conciencia lúcida. Es preciso que la misma sea, en sus comienzos, sembrada por individuos que aúnen a una buena preparación intelectual (lo que difícilmente ocurre fuera de las clases dominantes), una práctica política que les permita captar la perspectiva del futuro, negando ideológicamente su propia extracción social. Así ha ocurrido en los albores de los partidos de vanguardia de cualquier parte del mundo. Esta transfusión de la teoría que organice la acción proletaria y se

reestructure constantemente a través de ella, no ha ocurrido en nuestro medio. Y ello sucede en uno de los países latinoamericanos donde las ideas marxistas alcanzan mayor difusión.

Por cierto que los ideólogos burgueses difunden una interpretación de los hechos que trata de desprestigiar la ideología revolucionaria. Se trata —dicen— de ideologías incompatibles con la idiosincrasia de nuestro pueblo, que sólo pueden cuajar en cabezas cosmopolitas. Sin embargo, ciertos hechos todavía embrionarios, muestran cómo cada día es mayor la difusión del marxismo, aun en sectores cuya "contaminación" hasta el momento parecía imposible, como ocurre en ambientes social-cristianos. Sin querer sobreestimar esta situación, pensamos que es un índice más de la quiebra del sistema burgués en nuestro país, que arrastra a un número cada vez mayor de personas, a ver como única solución un cambio total de nuestra sociedad.

LAS CAUSAS DE LA INEFICACIA DE LA "IZQUIERDA"

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL P.C.A.

¿Por qué, entonces, la izquierda no ha cumplido su función histórica?

No cabe duda que lo que denominamos izquierda comprende un abigarrado y heterogéneo conjunto, pero el análisis de sus matices sobrepasa las necesidades del planteo que estamos exponiendo. Tomando, pues, el problema en sus grandes rasgos, se aprecia desde un primer momento, que dentro de la izquierda argentina ha sido y es, el P.C.A. el núcleo más importante y el determinante principal de la problemática y de la estrategia que en ella se ha ventilado.

Por ello mismo, su responsabilidad en el fracaso de lograr que el movimiento obrero resolviera conscientemente las tareas que la historia le presentaba, corresponden a dicha agrupación política.

Luego del triunfo de la revolución rusa, los partidos que integran la III Internacional, fueron los portaestandartes del movimiento y la conciencia lúcida del proletariado. Pero la existencia del socialismo en un solo país, determinó que la defensa de éste se presentara como la forma histórica del internacionalismo proletario. Ello hizo que la dialéctica internacionalismo-nacionalismo, fuera sustituida por la contradicción a veces antagónica entre necesidades nacionales de la U.R.S.S. y exigencias del movimiento en cada país. La sustitución del interna-

cionalismo proletario por lo que podríamos llamar el internacionalismo estadal (no coincidiendo siempre uno y otro) llevó frecuentemente a buscar como objetivo esencial frenar el ataque que preparaban los capitalistas contra la Unión Soviética. Por ello, se pensó en romper el frente de la burguesía mediante una política de compromiso con una parte de la misma, a la que se intentaba así desgajar de los grupos más interesados en la agresión. El planteo tuvo su fórmula política concreta en los "frentes populares". Discutible su valor en los centros imperialistas, representó el naufragio político de los partidos revolucionarios que, en los países dependientes, trataron de estructurar dichos frentes populares.

Con esa política hacían pasar a primer plano la importancia de las burguesías criollas, cortejadas y consentidas por dichos partidos. Se aceptaban sus postulados básicos, se fundamentaban los programas en lo que la burguesía pudiera tal vez aceptar por convenirle. . . . es decir, se llegaba hasta donde se iniciaban los verdaderos objetivos del proletariado. Nada se intentaba modificar que no fuera útil para aquélla y hasta la revolución tomó su nombre: *era la revolución democrático-burguesa como objetivo*. Ello condujo al abandono de las aspiraciones específicas de las masas populares a las que se trataba de atraer con fraseología grandilocuente, frecuentemente no entendida siquiera, pues se formulaba con esquemas y categorías abstractas propias de los movimientos obreros de países europeos. De paso, es curioso observar que el planteo ni siquiera cumplía los objetivos que lo sustentaban, pues al fortalecer y dar prevalencia a la burguesía se abrían las puertas al imperialismo, con quien aquélla (la burguesía nacional) actúa siempre como la mujer fácil con su "cafischio": protesta de su mal trato para terminar siempre entregándole lo que sacó a los demás durante cada día.

Preciso es reconocer que, aun incurriendo en esas limitaciones, el P.C.A. tuvo un gran papel en la creación de la conciencia política revolucionaria de nuestro país. Así fue mérito suyo que la agitación antioligárquica y antiimperialista, etc., pasasen a ser banderas patrimoniales del movimiento popular. Pero al mismo tiempo, puestos sus ojos continuamente en la unión con los partidos burgueses, soslayó y desconoció los cambios y las particularidades históricas que se desarrollaban en el proletariado o el campesinado. Así sus formulaciones actuales poco se diferencian de las que ha venido sosteniendo monótonamente en los últimos 25 años, casi sin matices y sin lograr vertebrar en formas organizativas el crecimiento revolucionario de las masas. Por el contrario,

su desconexión y su incomprensión de las mismas, debida a las causas precipitadas, le fue haciendo perder todo carácter de vanguardia efectiva en la lucha de liberación nacional. Este proceso alcanzó su punto culminante en el año 1945, en el que la Unión Democrática resulta ser la más grotesca caricatura de lo que venimos expresando: se toma como punto de partida para delimitar los campos de enfrentamiento en el proceso nacional lo que había sido el enemigo principal de la URSS durante los años precedentes (el nazismo, por otra parte ya derrotado en el plano mundial), y como aliados los que lo habían sido de la URSS frente a dicho enemigo. Así del brazo de los sectores burgueses adictos a los distintos imperialismos el PCA se alineó contra las masas populares so pretexto de una antinomia Nazismo-Democracia. Esto era un sarcasmo para el pueblo, ya que a sus reivindicaciones políticas y económicas se oponía el fantasma de un fascismo transoceánico (pues la infraestructura que definiera Dimitrov para caracterizar al fascismo no existía en nuestro país), y la promesa de una libertad concedida "por ese gran demócrata que es D. Antonio Santamarina", según expresara Rodolfo Ghioldi, en el Luna Park, en un acto preelectoral.

Los resultados, conocidos por todos, aunque nunca reconocidos por el PCA, presentan una serie de facetas. Ante todo el que este partido dejase de ser visto como la vanguardia popular. Consecuentemente, que la fractura entre dicho partido y el proletariado adquiriera tal profundidad que cortase las vías de comunicación en uno y otro sentido entre dicha organización política y las fuerzas intrínsecamente revolucionarias. Desorientado, aislado, perdida totalmente su fe en alcanzar el papel histórico que diera sentido a su surgimiento, el Partido Comunista acentuó más aún su política de dependencia y seguidismo mecánico de los planteos que hiciera la URSS.

Pero ahora ya no se trataba de defenderla solamente, sino sobre todo de obtener de ella la ayuda necesaria para la toma del poder como retribución de servicios al no ver otra manera de alcanzar dicho objetivo. De esta manera el desconocimiento de la realidad nacional original llevó a negar su esencia, su sentido, al Partido Comunista. Este, en lugar de ser el destacamento de vanguardia, es decir el instrumento lúcido que dirigiera la revolución (medio para un fin), se transformó en una estructura que encontraba su finalidad en su encaramamiento al poder. Por eso, cuando la revolución podía ser llevada a cabo por otras fuerzas, se oponía a ella. Lo central pasó a ser su hegemonía (en realidad hegemonía formal, deseo de que así sucediera), y todo cuanto la hiciera peligrar era declarado enemigo de la revolución.

Esta alusión esquemática a la evolución política del PCA es imprescindible para comprender la estructura de la izquierda de nuestro país y el estilo de trabajo de sus integrantes. No cabe duda, en efecto, que la tónica de la izquierda fue dada por dicho partido, como núcleo principal de la misma.

LOS OTROS GRUPOS DE IZQUIERDA Y EL PARTIDO

COMUNISTA

Los otros grupos de izquierda apareciendo y desapareciendo permanentemente no han logrado en líneas generales tener una gravitación importante en la política nacional. Además porque su razón de ser era el Partido Comunista. Para ser más exactos el hacer todo lo contrario que el PC, y así, como rebeldía de un adolescente siguen girando en torno a sus figuras principales cuando más querían diferenciarse de ellas. Es por ello que casi todos presentan una serie de rasgos comunes: anti-comunismo, actitud antisoviética, negación del internacionalismo para afirmar lo nacional (lo que en definitiva se resuelve con frecuencia en un folklorismo más o menos pintoresco), exaltación del estudio teórico de la realidad argentina, enfocado sin embargo, no como resultado de la acción en el movimiento revolucionario sino como utópica resolución a priori en el plano teórico de la problemática nacional. Así, hallada la fórmula mágica por los estudiosos, se estaría en posesión del séesamo que abre las puertas del proceso revolucionario. *El PC y grupos de izquierda extrapartidarios han sido pues lo mismo en su aparente diversidad.*

Naturalmente la contradicción entre las formulaciones revolucionarias del Partido Comunista y sus objetivos reales, habían de expresarse en el estilo de trabajo de sus miembros. Porque dicha organización precisaba por un lado de activistas que mantuviesen la presencia concreta del Partido, es decir, el dar fe de su existencia. Debía tratarse de hombres cuya abnegación les llevase a realizar las tareas requeridas por el aparato del partido que, en lo fundamental, se encaminan a recordar a los partidos burgueses la persistencia del PCA. Por ello tomaron tan marcada prevalencia las actividades más puramente publicitarias: pintadas, reparto de publicaciones, realización de actos formales y de ser posible, aparecer en algún organismo o movimiento más o menos figurativo.

Los militantes dispuestos a emprender el camino revolucionario inician su actividad impulsados por la mística de la transformación de la sociedad. Para que pudieran cumplir los objetivos del Partido Comunista se necesitaba al mismo tiempo mantener y aun profundizar dicha mística, pero variando insensiblemente su contenido. Así se logra poco a poco que la misma se dirija hacia el partido antes que hacia la revolución. El partido es, así, el fetiche infalible y la mayor virtud del militante es la fidelidad ciega al mismo. Aquel que demuestra en los hechos tenerla es lo que se llama un "militante probado".

Claro que ello supone un proceso de enajenación del individuo que lleva a que su fuerza de lucha no surja de la comprensión profunda y racional de la situación, los objetivos, etc., sino de la seguridad irracional que implica cumplir lo ordenado por el fetiche.

Todo ello presupone un núcleo fundamental e insoslayable en el procedimiento de formación del militante: su renunciamiento a pensar, a analizar críticamente. Marx, en su tesis primera sobre Feuerbach, señalaba que la actividad revolucionaria es actividad crítico-práctica. Por lógica la actividad pseudorrevolucionaria debe ser práctica pero no crítica.

Las técnicas para conseguir la anulación de la actividad crítica tienen una metodología adecuadamente estandarizada y que recorre una serie de etapas. *En todas ellas se trata de que nadie puede formular la pregunta "¿por qué?"* En primer lugar se procura que los organismos básicos (células, etc.) no funcionen regularmente excepto en casos en que hay que planificar tareas concretas que requiere la supervivencia del aparato (campana financiera, reclutamiento, colocación de materiales). Cuando así ocurre se transcribe un informe del Comité Central del cual se salta sin gradaciones a la planificación de dichas tareas.

Cualquier duda o aclaración crítica es soslayada. El informe haciendo honor a su nombre es puramente informativo y no admite ser puesto en tela de juicio. Expresiones como "pero, camarada, lo que usted dice implica que duda de la línea política del partido", o "usted entonces no tiene confianza en la dirección" configuran la técnica del cerrojo al pensamiento. La técnica de la duda como pecado mortal que tanto resultado le diera a la iglesia, ha sido asimilada profundamente.

Y si esta admonición no basta para disipar dichas dudas, comienza un proceso de aislamiento del militante que las detenta. La técnica de la psicología del rumor entra en funciones: "está confundido", "tiene

influencias ultraizquierdistas", "es muy intelectual", "tiene problemas", "no milita lo suficiente", etc. Y de aquí se pasa a la difamación más baja, que destruye al militante moralmente. Es la gestapo psicológica, que entra en funciones.

Además, si bien se sostiene la importancia del estudio en los hechos, el mismo es un instrumento que ayuda a la deformación del proceso cognoscitivo, ya que el material a estudiar son los diversos informes oficiales donde se insiste obsesivamente en el mismo tipo de formulaciones. Por otra parte en dichos documentos se pone especial cuidado en apuntar más o menos vagamente que puede ocurrir todo lo contrario a lo que el informe prevé. Esta suerte de oráculo de Delfos implica que suceda lo que suceda todo estaba ya pronosticado por la dirección. La elaboración personal, la profundización teórica del significado de las experiencias vividas son así sistemáticamente castradas y el empleo del cerebro metódicamente bloqueado.

Lógicamente todo esto lleva a una serie de contradicciones. En primer lugar, el sentir que *se está aceptando al estar en la organización todas aquellas cosas para luchar contra las cuales se entró en la misma.*

En segundo término, la reiterada falta de éxito en los objetivos que desde el punto de vista revolucionario deberían ser más importantes. Para pasar por alto esta situación es que se compensa a los militantes asegurándoles que forman parte del grupo más lúcido, con más comprensión de los problemas, que posee la infalibilidad del marxismo-leninismo, etc. O más bien que quien posee todo eso es la dirección de la organización, y que si el militante no es capaz de alcanzar los mismos niveles de capacidad, con cumplir las tareas que el partido propone, desarrolla la más importante de las tareas históricas.

TEORÍA Y PRÁCTICA

No es nuestra intención en este momento catalogar la serie de desaciertos políticos cometidos por el PCA. Para los fines del presente artículo basta con hacer el balance de más de cuarenta años de actividad política sin haber conseguido alcanzar lo que suponemos debiera ser su objetivo fundamental: ser la organización que agrupe a la clase obrera argentina. Y recurriendo nuevamente a las tesis sobre Feuerbach, no podemos menos que transcribir la número dos, que resume todo lo que pudiéramos decir al respecto: "El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es problema teórico sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe

demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealdidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente escolástico.”

El militante revolucionario no puede ser un instrumento sino un creador que, según la expresión de Mao Tse-tung, consiga que “nuestros pies se hagan ligeros y nuestros cerebros veloces, con lo que estamos seguros de la victoria”.

No se trata pues de la elucubración teórica ni del pragmatismo del autómatas. La superación de las deficiencias de la izquierda argentina, para jugar el papel revolucionario a que viene aspirando, sólo se conseguirá cuando entrando profundamente en el seno mismo del pueblo se vaya elaborando día a día, experiencia a experiencia, la teoría de la acción desarrollada, y la acción, llevada a cabo por la comprensión teórica de su sentido. Todo ello acompañado de una férrea y democrática organización, sin la cual todo intento es un naufragio, ya antes de hacerse a la mar. En el plano de la acción política dos aspectos son esenciales: en primer término el conocimiento de la situación y en segundo lugar la comprensión de la política a realizarse.

La comprensión de la situación implica conocer no mediante rotulaciones generales sino a través de la realidad concreta que estamos enfrentando. “Debemos hacer que nuestros camaradas entiendan que nadie tiene derecho a hablar sobre un tema si no lo ha investigado y que no sirve de nada la grandilocuencia, el parloteo hueco ni el ordenamiento superficial de fenómenos según la escala de primero, segundo, tercero, cuarto, etc.”¹

No se trata pues de rechazar las tesis y los conocimientos generales sino de comprender que solamente los habremos aprehendido cuando seamos capaces de volver a hacer que tengan existencia real; es decir que tomen la forma concreta en que se expresan en una situación determinada. Asimismo, que la base que nos permitirá dicha aplicación reside en asimilar los conocimientos generales viendo cómo están implicados en cada hecho de nuestra experiencia vivida.

No es éste un artículo que trata de precisar un programa de educación política del militante y por ello no entraremos en los puntos específicos que imprescindiblemente debe abarcar. Lo que pretendemos es rescatar el pensamiento, la conciencia lúcida de la situación y la praxis

¹ Mao-Tse-Tung, *Obras Escogidas*, Editorial Platina, 1959.

como instrumentos insustituibles de quien desea luchar para transformar el mundo.

LA LIBERTAD DEL HOMBRE.

La tarea de conseguir la libertad del hombre tiene como condición primera romper los vínculos que lo deshumanizan, es decir las relaciones de producción que dividen a los individuos en las categorías de explotados y explotadores. Pero libertad “no es lo arbitrario. No surge de la nada [...] al contrario es una libertad injertada en el ser social real o más bien es el despliegue creador y consciente de ese ser [...] El hombre es el esfuerzo creador enderezado a resolver definitiva y totalmente las contradicciones actuales de la vida. Esta solución sólo es posible por el conocimiento científico de esas contradicciones objetivas por la participación en el combate histórico de la clase obrera. La libertad no es lo arbitrario, es la participación creadora en la dialéctica objetiva de la necesidad histórica”.²

He aquí pues una condición militante que todo integrante de un movimiento revolucionario ha de tener presente. Y que debe desarrollarse en dos campos fundamentales: en el momento activo de su realización política, es decir en la elaboración y desarrollo de su praxis política de forma tal que pegar un cartel, organizar una manifestación, estructurar un movimiento de masas sean vividos como eslabones imprescindibles, para lo cual es necesario comprender por qué y para qué se realizan; y en el momento de su elaboración teórica en la organización que comprende el conocimiento de la línea política general y la discusión crítica y autocrítica de ella y de las experiencias de su aplicación. El movimiento obrero argentino necesita una línea política, una estrategia y una táctica que lo conduzcan a la toma del poder. Sobre la base de cada acción y sus resultados el conjunto de los militantes revolucionarios debe elaborarlas. La disyuntiva está entre esperar que un hombre dé a luz la idea redentora y las indicaciones para cada actividad o que cada militante sea un creador revolucionario en cada situación concreta y en el aporte a la formulación de la línea general de la organización revolucionaria. Indudablemente sin el pensamiento que dirija la praxis y sin la praxis que determine el pensamiento en todos y cada uno de los militantes revolucionarios no podremos ir muy lejos. La revolución no la realizan ni los “pensadores puros” ni los autómatas.

² R. Garaudy en *Problemas de la Paz y el Socialismo*, Nº 10, 1960.

Suplemento especial de **táctica**

CeDInCI

C. Avalos

TESIS SOBRE
LAS CONDICIONES QUE ORIGINARON
EL CONFLICTO CHINA - URSS

- I. La política internacional de un partido revolucionario es la continuación de su línea política interna, y debe estar fundamentada en el internacionalismo proletario.
- II. La controversia es consecuencia del grado de desarrollo de la revolución mundial, y replantea aspectos ligados a la vieja polémica Trotsky-Stalin en las actuales condiciones de la transformación del socialismo en sistema mundial. La revolución colonial es la fase más relevante de esta etapa de la revolución mundial, pero la segunda fase en importancia la constituye el desarrollo de la revolución en el seno de los estados de dictadura del proletariado; este proceso está condicionado por el desarrollo de las fuerzas productivas en cada uno de los países socialistas.
- III. La política de Stalin se propuso la construcción del socialismo en un solo país, y consiguió establecer un sistema nacional de relaciones socialistas de producción, haciendo de la URSS una gran potencia mundial. Existiendo ya un sistema mundial de países socialistas, la persistencia en el propósito de construir el socialismo dentro de los límites de cada país, no hace más que profundizar las discrepancias en el desarrollo de cada uno de ellos creando intereses nacionales contrapuestos.
- IV. El desarrollo económico interno obliga a la URSS a promover la descentralización y le permite establecer relaciones más amplias con el mercado mundial capitalista.

V. La República Popular China no está en condiciones de desarrollar sus relaciones con el mercado mundial capitalista y tiene necesidad, todavía, de una fuerte centralización.

VI. La base de sustentación de la burocracia en los estados proletarios es la pervivencia de otras clases sociales. Su afianzamiento o su desintegración es expresión de la lucha de clase en el seno de esos países, luchas en las cuales no permanece la burguesía mundial. Las diferencias políticas entre distintos países socialistas expresan una situación interna de distinto equilibrio en la lucha de clases.

VII. El desarrollo de la revolución colonial no sólo desintegra el poder del capitalismo, sino que también cuestiona la estructura política burocrática de los estados proletarios, desarrollando el aspecto político de las revoluciones socialistas, cuestionando también algunas verdades tenidas como fundamentales por los partidos comunistas.

VIII. El desarrollo de las relaciones socialistas dentro de los marcos nacionales en condiciones en que el mercado mundial capitalista adquiere una gravitación fundamental no puede menos que provocar un desarrollo desigual que enfrenta intereses nacionales divergentes. En ese sentido los intereses nacionales de la República Popular China se acercan objetivamente a los intereses generales del proletariado internacional.

IX. Al fundir sus intereses nacionales con los del proletariado mundial el Partido Comunista Chino da la batalla ideológica contra el revisionismo en el campo de la política internacional, pero lo hace reivindicando el stalinismo. Una posición consecuente con el internacionalismo proletario tendrá que llevarlo a abandonar el stalinismo, no sólo porque implica una forma política superada sino porque es una postulación reformista para el proletariado revolucionario mundial.

La política internacional de un partido revolucionario es la continuación de su línea política interna. Su línea política internacional, o sea su ubicación en la lucha de clases a nivel mundial responde a su ubicación interna en el proceso de la lucha de clases. Pero, a su vez, es en la arena de la política internacional donde se verifica la justeza o no de la línea política interna. El criterio como se encara la política internacional se transforma así en el meridiano determinante, en última instancia, de la línea política interna, y esto es así porque el internacionalismo proletario no admite diferencias entre los intereses nacionales de la clase obrera y los intereses del proletariado mundial.

Tal es la importancia que adquiere la determinación de una línea común de lucha para el proletariado mundial que el conflicto ideológico y político entre el PCCH y el PCUS —como manifestación de la lucha de clases en el seno del movimiento comunista internacional— exige que se lo estudie profundamente para dejar sentada la línea política a seguir con relación al mismo y, lo que es quizá más importante, con relación a los problemas que en él se debatan.

Hemos señalado que la política internacional de un partido revolucionario es la continuación de su línea política interna. Recalcamos esto porque la mayor parte de la débil izquierda de nuestro país se ha caracterizado siempre por elaborar sus formulaciones a partir de lo que sucedía en el exterior.

Encaramos la dilucidación del actual conflicto en el movimiento comunista internacional como una tarea de fundamental importancia para el partido revolucionario, especialmente porque a través de ella puede reivindicarse una política internacionalista, es decir del internacionalismo proletario.

Si pretendemos constituirnos en el destacamento argentino del ejército constituido por el proletariado internacional, tendremos que reivindicar en toda su magnitud el internacionalismo, al que no concebimos como una hermandad internacional fundada en la moral, sino como la conciencia política de que el desarrollo de los antagonismos de la sociedad capitalista lleva a crear las condiciones para el desarrollo de la revolución mundial, que conducirá, inevitablemente, a la dictadura del proletariado. La revolución mundial es, así, una tarea común al proletariado de todo el mundo.

Por último es posible que todavía sea necesario aclarar que nuestra decisión de ahondar el debate no implica menospreciar la unidad del campo socialista, sino reivindicarlo como unidad del proletariado

internacional. Esta necesidad exige que esa unidad se entable sobre una base programática que erradique las influencias de la ideología burguesa en el seno del movimiento comunista internacional. Para ello, la línea política del movimiento comunista internacional debe partir de un análisis de clase de las contradicciones fundamentales del mundo contemporáneo, asentado sobre un análisis del estado y el ritmo actual de la marcha de la revolución mundial y de la política y de la economía mundiales, con el objeto de formular un programa de lucha a nivel internacional, rescatando también la necesidad de reintegrar al proletariado una dirección revolucionaria a nivel mundial, es decir de restablecer una efectiva Internacional Comunista.

II. CONDICIONES QUE EXPLICAN LA CONTROVERSA

La controversia entre el PCCH y el PCUS no es un accidente en la historia del movimiento comunista internacional. Precisamente se manifiesta en los términos en que lo hace porque existen las condiciones para ello, tanto a un nivel mundial como dentro de cada uno de los países envueltos en la polémica. Esas condiciones están dadas, para decirlo en su expresión más general, por el desarrollo de la revolución mundial a través de las distintas fases en que ésta se manifiesta. Interesa entonces poner en claro la naturaleza de esas condiciones para poder comprender la dimensión exacta de la polémica y sus perspectivas, no, como simple ejercicio intelectual, sino porque la dilucidación de este problema adquiere importancia capital para el partido revolucionario.

Los temas debatidos tampoco son nuevos. Sean cuales fueren los ropajes que los revisten o las formas que toman, el fondo de la discusión es, en realidad, el problema del socialismo en un solo país, el contenido del internacionalismo y la cuestión de la revolución permanente. Toda una parte de la historia de la III Internacional estuvo vinculada a la polémica que en su hora enfrentara a Trotsky y a Stalin. Seis décadas después se plantea una controversia que, en última instancia, se refiere a aspectos ligados a aquella polémica, pero ahora surgiendo de nuevas condiciones históricas derivadas de la transformación del socialismo en un sistema mundial.

Al término de la 2a. guerra mundial se produce un acontecimiento de fundamental importancia en la historia de la humanidad. La dictadura del proletariado —disfrazada con no importa qué rótulo político— se extiende fuera de la URSS hacia Europa Oriental, y pocos años

más tarde la Revolución China pasa por la etapa fundamental del acceso al poder, ejerciendo inmediatamente un empuje revolucionario hacia el Oriente (Corea, Indochina).

Como consecuencia de la extensión de los territorios arrancados al dominio del imperialismo, se escinde el mercado mundial en dos mercados: el mercado mundial capitalista y el mercado mundial socialista. Las relaciones de producción socialistas que se desarrollaban dentro de un solo país han rebasado los límites de ese país y han empezado a configurar un sistema mundial que ocupa más de la cuarta parte de la superficie del planeta, contiene el 35 % de la población del mismo y contribuye con un porcentaje similar a la producción de artículos industriales.

En vísperas de iniciarse la década del 60 se instauro un poder popular en Cuba que rápidamente y sin la dirección del P.C. integra a ese país dentro del bloque socialista dando un golpe irreparable al imperialismo yanqui en el centro mismo de su dominio político. Poco después, la Revolución Argelina toma un curso tal que es posible predecir la próxima instauración del primer Estado proletario en Africa.

Vivimos así un período de ascenso de la revolución mundial, especialmente a través del desarrollo de las revoluciones coloniales que ya, cada vez más, tienen signo socialista, conmoviendo todo el andamiaje del imperialismo y alterando fundamentalmente la relación de fuerzas entre el campo del socialismo y el campo del capitalismo. La situación más explosiva de los últimos tiempos, que ha llevado al mundo al borde de la guerra, tuvo su epicentro, precisamente, en Cuba.

Peró la revolución colonial no es más que una fase de la revolución mundial. En el presente período histórico es la expresión más relevante de la revolución mundial, pero no la única. La revolución mundial es un proceso continuado en el que se expresa la acción de las masas movilizadas ya sea espontáneamente, ya sea en forma consciente y organizada con claros objetivos políticos. Ese proceso recorre toda la vasta gama de lucha de las masas, desde sus formas más incipientes hasta las más organizadas. Asume formas de simple protesta o bien se manifiesta a nivel sindical, político, militar, etc. La madurez de ese proceso la da la existencia o no de una dirección revolucionaria y la manera en que esa dirección conduce la lucha. Las etapas se configuran tanto por las condiciones objetivas como por la existencia de una vanguardia y van desde las acciones de conjunto (huelga, protestas, manifestaciones) hasta la lucha armada insurreccional, la toma de poder y la construcción del socialismo.

Las revoluciones que tienen lugar dentro de cada país no son más que la expresión de la revolución mundial, que no se detiene —por supuesto— con la toma del poder, sino que se continúa durante el período en que se destruyen las clases que quedan como vestigio del capitalismo y se encara la construcción del socialismo.

De esta manera, pueden diferenciarse las revoluciones en curso dentro de los países capitalistas y las revoluciones dentro de los países de dictadura proletaria; en éstos últimos la extensión de las relaciones de producción socialista, la destrucción de las clases subsistentes y de las capas sociales engendradas por las deformaciones que la existencia del mundo capitalista impone a los Estados Proletarios, marcan el desarrollo revolucionario, que se traduce especialmente a nivel político.

Si la revolución colonial es la fase más relevante de esta etapa de la revolución mundial, la segunda fase en importancia la constituye el desarrollo de revoluciones en el seno de los estados de dictadura del proletariado. Las manifestaciones sociales y políticas de este proceso permiten y explican a la vez los acontecimientos habidos en el mundo socialista, pero el elemento que lo condiciona es el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

III. LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO EN LOS LÍMITES NACIONALES

El triunfo de la política de Stalin sobre la construcción del socialismo en un solo país determinó que el primer Estado Obrero fuera lanzado desde el más impresionante atraso económico a lo que pretendía ser la construcción del socialismo dentro de las fronteras nacionales, en una tremenda aislación del mercado mundial.

Peró así como el capitalismo, especialmente en su etapa imperialista es un sistema mundial que ha roto con los límites de los estados nacionales por el desarrollo de las fuerzas productivas, la división internacional del trabajo y el mercado mundial, el socialismo, que es su superación dialéctica, tampoco puede concebirse dentro de los marcos nacionales. El socialismo sólo puede funcionar como sistema mundial.

La tesis de Stalin implicaba que dentro de lo que era la atrasada Rusia, sin exceder sus límites, había que correr una carrera que tuviera como meta reproducir y superar lo que en términos económicos había dado el capitalismo como sistema mundial. El basamento atrasado sobre el que se asentaron las relaciones de producción no permitió superar la

contradicción entre la economía campesina y la industrial, y dentro de ésta hubo que crear un violento desequilibrio en favor de la industria pesada.

No cabe aquí discutir las opciones del proceso histórico. La política triunfante tuvo por objeto establecer en el territorio de la URSS un sistema nacional de relaciones socialistas de producción y hacer del país una poderosa potencia mundial. Con tremendos errores, con marchas y contramarchas, el primer estado de dictadura proletaria superó el terrible período del hambre y el recrudescimiento de la guerra civil en el campo, se consolidó durante la década de los años 30 y en la década siguiente pudo disponer de los medios suficientes como para aplastar la agresión imperialista del hitlerismo y salir fortalecido de la contienda, con un potencial económico y militar que la ubicaban como segunda potencia mundial.

Al finalizar la 2da. guerra mundial rodean a la URSS un conjunto de países que son arrancados del dominio capitalista mediante la acción de un conjunto de factores donde se combinaban distintos procesos internos (especialmente Yugoslavia) con determinantes externas, como la presencia del Ejército Rojo (resto de Europa Oriental). Ese conjunto de países configuraron en poco tiempo un *sistema mundial* y estructuraron (con la defección de Yugoslavia en 1948) el denominado "bloque socialista" al que se sumaron China y otros estados asiáticos.

En realidad, se podrá hablar de un sistema mundial socialista cuando éste desarrolle, dentro de sus límites, un nivel de productividad superior al del mundo capitalista, cuando el desarrollo de sus fuerzas productivas marquen una categoría superior a las del capitalismo, cuando, en fin, sin el concurso del mercado capitalista los países del bloque socialista sean capaces de desarrollar un nivel material superior al del capitalismo, implicando también un desarrollo superior en la superestructura ideológica, política, cultural, etc. Así el "bloque socialista" puede definirse como un conjunto de países de dictadura del proletariado donde en forma irregular y desigual hay un amplio desarrollo de las relaciones de producción en sentido socialista. Como rasgo general, sin embargo, cada uno de esos países, *se propone la construcción socialista dentro de sus fronteras*, y no como una tarea de conjunto, aunque exista una colaboración más o menos desarrollada. De esta manera resaltan las diferencias en el grado de desarrollo y se manifiestan intereses "nacionales" que pueden llegar a ser contradictorios.

En general, puede decirse que el desarrollo de las fuerzas productivas ha planteado distintos problemas a los Estados Obreros, según sea

el grado de crecimiento económico alcanzado. Así la URSS y las "democracias populares" de Europa Oriental se enfrentan con problemas que son muy distintos de los que tienen que solucionar la periferia menos desarrollada que comprende a los países asiáticos y a Albania en Europa.

IV. LA URSS Y SU NUEVA SITUACIÓN ANTE EL MERCADO MUNDIAL

La URSS, por ejemplo padece de una crisis agraria crónica derivada en gran medida del desequilibrio existente entre la economía agrícola y la industrial y al desarrollo desigual en la industria (predominio de ramas de industria pesada). En condiciones de subsistencia de un sector campesino que puede disponer libremente en el mercado de una parte de su producción, la mayor producción pasa por el otorgamiento a este sector de mayores beneficios. De esta manera se acentúa la contradicción entre el desarrollo estatal planificado en las ramas de alta concentración con un desarrollo colectivista menos intenso o incluso frenado y retrotraído mediante el reforzamiento de las relaciones capitalistas de mercado en algunos sectores de la producción primaria. La carencia de alimentos y artículos de consumo no hace más que reflejar esta situación. Ahora bien, ¿cómo se ha intentado solucionarla? Por un lado *descentralizando* la integración de distintos sectores productivos para permitir una mayor eficacia de los incentivos a la parte privada de la producción, y por otro lado, recurriendo al *mercado mundial capitalista*. Es de hacer notar que la centralización no solamente trababa la acción del mercado, sino que también obstaculizaba el desenvolvimiento de los sectores más concentrados de la industria. El aparato político centralizado propio de la época de Stalin llegó a ser, así, un escollo para el crecimiento económico, pero por medio de la descentralización es posible, también, un mayor grado de control por parte de sectores capitalistas, que —especialmente países de Europa Oriental— han visto acrecentar su influencia últimamente.

En lo que respecta a la vinculación con el mercado mundial, la URSS está ahora en buenas condiciones para desarrollarla, puesto que su industria pesada (petróleo, maquinarias) y la perspectiva de una demanda le da una gravitación considerable en el mercado mundial capitalista. Si la URSS de hace treinta o cuarenta años no tenía peso para

negociar económicamente con el capitalismo, hoy la situación es muy distinta. Claro que esta perspectiva requiere un *reajuste interno* dentro del bloque que lleve a la complementación económica de los países del mismo nivel de desarrollo (COMECON) y al aflojamiento de la ayuda a quienes, dentro del bloque, puedan sustraerle gran parte de lo que necesita para acrecentar su peso en el mercado capitalista (obviamente, los países más perjudicados son China, los asiáticos y Albania).

V. LA SITUACIÓN DE CHINA

China, por su parte, ha tratado de solucionar el desequilibrio entre el campo y la ciudad y la provisión de artículos livianos mediante la extraordinaria experiencia de las comunas populares, es decir, no en el sentido de retrotraer las relaciones de producción hacia la economía de mercado, sino de impulsarla hacia la colectivización. Sin embargo es evidente el peso de la crisis agraria debido a que la industria no produce la suficiente cantidad de bienes de capital que el campo requeriría para un desarrollo que permitiera solucionar las dificultades que se presentan. China está aislada del mercado capitalista por su atraso y por su enorme necesidad de equipos que no tendrían con qué ser pagados. ¿Puede solucionar sus problemas negociando migajas en el mercado mundial capitalista o impulsando el desprendimiento de éste de todo un sistema de países que estructuren un fuerte mercado socialista?

En otro aspecto, el desarrollo de las comunas no excluye una fuerte *centralización* en las ramas básicas de la industria, dado que, contrariamente a lo sucedido en la URSS, aún no se ha llegado al momento en que dicha centralización sea un obstáculo.

Si nos detenemos un momento a ordenar las ideas desarrolladas hasta aquí deduciremos sin mucho esfuerzo que mientras la *extensión de la revolución mundial* se ha convertido en una necesidad interna de la China Popular, la *coexistencia pacífica* y la *emulación económica con el capitalismo* son imprescindibles para los objetivos internos que se ha propuesto la URSS.

VI. LA BASE DE SUSTENTACIÓN DE LA BUROCRACIA Y LOS INTERESES NACIONALES CONTRADICTORIOS

Según el mismo Lenin, la URSS era una dictadura proletaria con deformaciones burocráticas. A medida que el Estado Soviético se fue

consolidando, las condiciones económicas internas, afianzaron y consolidaron a esa burocracia que controlaba la administración del Estado ejerciendo una especie de compensación de presiones entre las distintas clases. Lo mismo sucedió en los demás países en los cuales el proletariado tomó el poder. De esta manera, las fluctuaciones de la burocracia indican no sólo el ritmo de crecimiento de la conciencia política, sino también, el desarrollo de la lucha de clases en el seno de los estados proletarios.

La experiencia histórica con respecto a los países que marchan hacia el socialismo nos indica que con la conquista del poder no concluye la revolución, sino que tan sólo se cumple una etapa de la misma. La edificación del sistema mundial del socialismo *se asienta sobre la lucha de clases dentro de los marcos de cada país, y a nivel internacional*. La toma del poder no inaugura una serie de reformas pacíficas constreñidas a los marcos nacionales, sino que en los momentos que recrudece la lucha de clases ésta puede tomar la forma de guerra civil en la cual la burguesía mundial no permanece neutral, porque el desarrollo de las relaciones socialistas de producción y la desaparición paulatina de los vestigios capitalistas la hiere de muerte inclinando la balanza del poder mundial en su contra.

Por lo tanto, el afianzamiento o la desintegración del poder de la burocracia de los países de dictadura proletaria es una expresión del estado de la lucha de clases en el seno de esos países, que encuentran las actitudes correspondientes en el comportamiento de la burguesía mundial. Lo condicionante es el desarrollo de las fuerzas productivas, y así, el avance de éstas y la consolidación de las relaciones socialistas, al eliminar la intensidad de las presiones de las clases no proletarias, limita la base de sustentación de la burocracia. En la interpretación de los conflictos ideológicos y políticos del bloque socialista hay que tener en cuenta que el desarrollo de las fuerzas productivas sienta las premisas para la desaparición de la burocracia (y la descentralización es una manifestación de ello), pero dialécticamente, cuando la descentralización permite el afianzamiento relativo de las clases no proletarias, se da un elemento que la consolida.

El socialismo es un sistema mundial, pero la lucha por la disputa del poder a la burguesía asume formas nacionales. Al establecerse la dictadura del proletariado en un país, subsiste el Estado como agrupamiento nacional. A pesar de la hegemonía política del proletariado, la burocracia expresa también la presión de las clases no proletarias y

subordinan determinadas tareas políticas del proletariado al mantenimiento del equilibrio interno. De ésta manera, incluso las tareas de construcción del socialismo, al estar encaradas desde un punto de vista "nacional", no expresan de ninguna manera el espíritu del internacionalismo proletario.

Sólo en función de esos intereses "nacionales" en la construcción del socialismo, es posible el enfrentamiento o las divergencias acerca de una línea política común para el movimiento comunista. De esta manera la coexistencia pacífica expresa las necesidades "nacionales" de la URSS en la construcción del socialismo, así como la extensión de la revolución mundial hace a las necesidades "nacionales" de la República Popular China.

VII. LAS CONDICIONES SUPERESTRUCTURALES CREADAS POR EL AVANCE REVOLUCIONARIO

Lo fundamental de la época actual es el desarrollo de la revolución, en particular de la revolución colonial. Englobamos bajo este último término a los acontecimientos políticos que marcan el ascenso revolucionario de las masas en los países de la periferia subdesarrollada del mundo capitalista, y que comprenden tanto a los países coloniales y semicoloniales (Argelia, Congo, etc.), como a los de desarrollo capitalista atrasado (Brasil, Argentina, etc.).

Hemos dicho que la revolución colonial es la fase más relevante de la revolución mundial. Salvo el caso de la revolución china que varió completamente la relación de fuerzas entre los bloques socialista y capitalista, y las revoluciones en Corea e Indochina, tales procesos fueron generalmente encabezados por las burguesías nativas (India, Egipto) o por la pequeña burguesía apoyada en el campesinado. (Guatemala); pero la situación revolucionaria así engendrada por estos acontecimientos políticos, como el desarrollo de la conciencia de las masas, la descomposición del sistema capitalista y el avance de los países del campo del socialismo, están trasladando la conducción política de la revolución, no tanto desde su inicio sino durante su desarrollo, hacia el proletariado, siempre que la vanguardia sepa cumplir su rol de dirección y encuentre los exactos términos políticos en los cuales resolver la conducción (Cuba, por ejemplo).

De esta manera, las revoluciones coloniales toman proa hacia el socialismo, y la dictadura proletaria en el poder, al ser la única capaz

de romper los nexos con el mercado mundial capitalista, asesta un golpe demoleedor al imperialismo y fortalece el peso político del bloque socialista, empujando por propia gravitación el desarrollo revolucionario en el conjunto de los pueblos y las masas oprimidas.

El empuje formidable de las revoluciones coloniales permite ya crear las condiciones como para empezar a cuestionar el poder de la burguesía en los mismos países imperialistas. El avance de las revoluciones coloniales con signo socialista tendrá que minar a corto plazo la base de sustentación de los centros imperialistas más débiles, esto es, contribuirá a crear situaciones revolucionarias en el seno mismo de los países centros del sistema capitalista, y un ejemplo de esto es la huelga revolucionaria de Bélgica, posterior a la crisis del Congo, que si bien no abrió las perspectivas hacia la toma del poder fue porque estaba huérfana de conducción política.

Pero así como la marcha de la revolución colonial plantea la posibilidad de la revolución proletaria en los países de alto desarrollo capitalista, también ejerce una poderosísima influencia sobre las masas de los países de dictadura proletaria. Las situaciones revolucionarias no conciden con la estructuración burocrática, fomentan la iniciativa y la discusión y esto, a la larga, tiene que expresarse políticamente. Además, la revolución colonial ha cuestionado en los últimos años por lo menos tres premisas fundamentales, tres verdades tenidas como indiscutibles por la dirección del P.C.U.S., y, por supuesto, por el movimiento comunista internacional; esas premisas son:

a) la concepción stalinista de la revolución democrático-burguesa con su secuela de frentes populares con participación de la burguesía, desarrollo pacífico y consiguiente separación de este proceso en forma estanca, de la revolución socialista;

b) la concepción de la revolución mundial como una suma de revoluciones nacionales, cuando éstas son, en realidad, una expresión de la revolución mundial, que, aunque desarrollada por etapas, es una sola y única; las masas despiertan a la conciencia de que la revolución nacional y la revolución mundial, así como la revolución democrática y la revolución socialista no son inseparables, sino que forman parte de un mismo proceso;

c) por fin, la identificación de la conducción política revolucionaria con la conducción política del Partido Comunista. La experiencia revolucionaria de los últimos tiempos ha puesto en tela de juicio esta con-

cepción mesiánica y ha mostrado a las direcciones de los partidos comunistas cubano, argelino y francés al margen de los acontecimientos capitales que se dieron dentro de sus respectivos radios de influencia.

Lo que decimos no es nuevo; en momentos cruciales de las últimas décadas (China en 1927, España diez años después, Grecia al final de la guerra, Irak en 1959) las direcciones comunistas no cumplieron su rol de vanguardia y los pueblos pagaron por ello el alto precio de la derrota. Y siempre, de una u otra manera, la verdad era apenas conocida a medias, desfigurada por los contrarrevolucionarios, ocultada por la burocracia; quienes se hacían eco de ella eran sospechados de reaccionarios encubiertos. Pero en el mundo de hoy es muy difícil seguir ocultándolo. No hay ningún control de informaciones que sea capaz de deformar enteramente a su gusto lo que pasa en Argelia, lo que proclamaban como suyo las masas reunidas alrededor de su dirección en La Habana o los reclamos tras los cuales se movieron los insurrectos de Poznan y de Budapest en 1956, y que pudo capitalizar el imperialismo.

La revolución colonial desintegra directamente el poder del capitalismo, y cuestiona también la estructura política burocrática de los estados proletarios. Las masas cubanas expresándose libremente y dando rienda suelta a su iniciativa revolucionaria tienen, por ejemplo, en los mitines políticos de Berlín Oriental un espejo que recoge su imagen caricaturizada.

Todo esto lo ven, tanto los obreros chinos, soviéticos o del este europeo, como los afiliados comunistas de todo el mundo, especialmente los del mundo subdesarrollado. Lo que nos interesa destacar aquí es que la revolución colonial desarrolla el *aspecto político* de las revoluciones socialistas en el interior de las democracias proletarias, lo que se entronca con el nuevo estado de conciencia creado por el avance de las relaciones de producción socialistas. El mejor nivel de vida y la descentralización lleva a las masas a expresarse con mayor libertad y a adquirir un nivel político y cultural superior al que podían desarrollar en condiciones de mayor restricción. Hay que comprender que, en ese sentido, la destalinización es una expresión política de las necesidades de las masas.

VIII. NECESIDADES DISTINTAS CREAN POLÍTICAS DISTINTAS

El conflicto chino-soviético no se plantea por casualidad. El conflicto existe porque el desarrollo de las relaciones socialistas de produc-

ción dentro de los marcos nacionales en las condiciones en que el mercado mundial capitalista tiene una gravitación fundamental, asume necesariamente la forma de un desarrollo desigual para cada país. A partir de allí se requiere un equilibrio político interno y una política exterior (entendida en su sentido más amplio, como actitud ante la política imperialista, ante el proletariado internacional y ante las perspectivas del mercado mundial) completamente distintas según aquel nivel de desarrollo.

La repercusión de la disputa es tremendamente importante por el empuje de la revolución colonial y los problemas que a ella le plantea el conflicto, por el nivel político y cultural alcanzado dentro de los estados obreros y su manifestación en las exigencias de que se democratice la estructura del Estado, y, por fin, por la potencialidad militar del bloque socialista.

Es sólo dentro del marco de este conjunto de condiciones que puede ser cuestionada la conducción del movimiento comunista internacional al P.C.U.S. Estas condiciones determinan el fin del monopolio del P.C.U.S. en la dirección del comunismo y hacen posible que esa dirección sea disputada por el P.C.CH., que es el único que tiene la gravitación suficiente para hacerlo.

Sucede que los intereses "nacionales" de China en la construcción del socialismo son *más generales* que los intereses "nacionales" de la URSS, sobre todo en lo que respecta a la revolución colonial. De esta manera, el sentido en lo que tiene que resolver sus problemas internos y externos la capa dirigente de China, la acercan a las necesidades objetivas del proletariado mundial.

IX. EL PLANO IDEOLÓGICO DE LA CONTROVERSI A Y SUS PERSPECTIVAS

El origen de la controversia chino-soviética responde a las necesidades internas de uno de los dos países con relación a su avance desigual en la construcción del socialismo, pero al colocarse China, por su interés nacional junto a los intereses del proletariado mundial, tiene que plantear la lucha en el terreno ideológico adoptando una concepción distinta a la soviética. Reivindicando el internacionalismo proletario de la batalla contra el revisionismo.

Sin embargo, hay grandes limitaciones en las posiciones del PCCH. El problema es que, como señaláramos antes, al ser un objetivo interno

de China la extensión de la revolución mundial, en contraposición a la política soviética de emulación económica y coexistencia pacífica, *la controversia se desenvuelve especialmente en lo atinente a la política exterior*, tanto en lo que hace a las relaciones con los países capitalistas, entre los países del bloque socialista, y entre los partidos comunistas, y, por fin, con las masas explotadas del mundo. Pero el PCCH, establece la línea divisoria alrededor de Stalin. Con esto no cuestiona la política stalinista, de la cual es hija la destalinización, que es el mantenimiento de la concepción fundamental de aquella, acomodada a otras circunstancias históricas. Probablemente, el proceder indicado obedezca por un lado a la necesidad de contar con un elemento lo suficientemente contundente como para conmovir el monolitismo ideológico del partido; después de todo en este caso, son ellos los que reivindican lo establecido; los innovadores, los que borran mucho de lo que dijeron durante años con la "infallibilidad" acostumbrada son los soviéticos. Por otro lado, el stalinismo es la expresión política de la centralización: de eso que los chinos todavía necesitan en gran medida dado que están viviendo un período de crecimiento distinto con relación a la URSS.

La política stalinista consistió en tratar de hacer posible la existencia del socialismo en un sólo país, con lo cual se necesitaba crear a toda costa condiciones de subsistencia internacional para el Estado Soviético y subordinar el movimiento comunista internacional a las necesidades de la Unión Soviética. A partir del XX Congreso del PCUS, no varió el objetivo de la política soviética sino que variaron las formas de llevarla a cabo. La destalinización, aparte de solucionar problemas económicos y políticos, permitió introducir una mayor flexibilidad en la conducción de la política exterior basada en las nuevas condiciones de poderío militar en que se encontraba la URSS a partir del desarrollo de las armas atómicas y de la cohertería.

No puede decirse que la URSS haya obstruido directamente ningún proceso revolucionario, pero sí puede afirmarse que los PCCC nacionales obraron de paralogos con respecto a los movimientos revolucionarios, evidentemente respondiendo a una estrategia mundial que reconocía su centro en Moscú.

¿Cuál era esa estrategia? Tratar que *las diversas rupturas de equilibrio entre los bloques se dieran no por el desarrollo de la revolución, sino por el crecimiento del poderío militar y la gravitación política y económica de la URSS*. ¿Cuáles eran los elementos indispensables de esa política? En el orden de las relaciones internacionales, la lucha por la

paz y el escamoteo de la delimitación del problema del poder, que se reflejaba generalmente en la teoría de la revolución democrático-burguesa y la cuestión de los "frentes democráticos". Puede observarse que tanto el stalinismo como el post-stalinismo participan de idéntico programa. Quizá sólo puedan distinguirse matices que agudizan esos planteos en el caso del post-stalinismo.

No es el cambio de política lo que fue situando poco a poco a la dirección del PCCH, frente a la posición del PCUS. En todo caso si hubo cambio en la política fue tan sólo una cuestión de grado dentro de una misma línea.

Toda la base de sustentación de la posición china reside en que, si la política de Stalin intentó la construcción del socialismo en un país entendiendo que el deber fundamental de la clase obrera mundial era la defensa y consolidación de ese único país socialista, a partir de un determinado momento, el producto de esa política, es decir, la URSS, podía convertirse, por el poderío militar, económico y político concentrado en su seno, en un sostén fundamental para el desarrollo de la revolución mundial.

En realidad para el PCCH, el problema consiste en que la URSS persiste en su intención de subordinar el movimiento comunista internacional a sus propias necesidades, lo cual *no condice con la nueva situación mundial* derivada del avance de la revolución, una de cuyas expresiones es la existencia de todo un sistema socialista mundial.

Lo grave es que el PCCH, disfraza esta cuestión, planteándola como un cambio fundamental en la política del PCUS. Lo que el PCCH critica hoy ya está expresado en las declaraciones que firmara en Moscú en 1957 y en 1960 y de las cuales deriva ahora un problema de "diferencias en la comprensión" del texto de aquellas, "así como en la actitud hacia ellas". De esta manera, el PCUS, tan adicto a las exegesis, tiene en sus manos el reivindicar para sí una ortodoxia con las declaraciones firmadas que hay que reconocerle, aunque sea una ortodoxia del revisionismo.

La única explicación posible a esa actitud del PCCH es que, tanto por necesidades internas como para hacer que sus razones fueran "potables" para el movimiento comunista internacional necesitaba escudarse en el stalinismo y, reivindicándolo, criticar la conducción actual de Khrushchev que aunque sólo se diferencia en cuestión de grado con la política stalinista, no cabe ninguna duda que el ángulo que marca ese grado es lo suficientemente amplio. Si los intereses "nacionales" de Chi-

na coinciden con los intereses del proletariado mundial es lógico que el enfrentamiento con el PCUS se manifiesta a nivel ideológico poniendo en tela de juicio la teoría de la coexistencia pacífica cuando ésta se transforma en el eje de coordenadas de la línea general de la política exterior de los países del bloque socialista, y en la reivindicación del internacionalismo proletario como fundamento de esa misma política exterior, que incluye por supuesto, la coexistencia temporal con los países del mundo capitalista.

Para los chinos, las contradicciones fundamentales del mundo contemporáneo entre las que se incluyen la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista, están imbuidas de un profundo contenido de clase, y por lo tanto sólo pueden ser resueltas mediante la revolución. De la misma manera dentro de los países capitalistas las contradicciones sólo se resuelven por la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, concluyendo así que las luchas revolucionarias no pueden ser sustituidas por la emulación pacífica, y aquellas, para poder ser llevadas al triunfo necesitan de la presencia de partidos proletarios que mantengan su independencia ideológica, política y organizativa. También, durante el período de la dictadura del proletariado que ocupa la época de transición del capitalismo al comunismo, las diferencias en las formas de propiedad existentes en todos los países socialistas determinan la existencia de lucha de clases.

La revolución es así un proceso continuado e interrelacionado, y en lo que atañe a las zonas subdesarrolladas del mundo capitalista, la revolución democrática nacional es parte integrante de la revolución mundial proletaria, por lo que, en gran medida, la causa revolucionaria del proletariado mundial depende del desenlace de la lucha de estos pueblos.

En lo que atañe al debatido problema de la guerra, los chinos piensan que la revolución es posible sin una guerra mundial, pero que la eliminación de la guerra sólo se logra terminando con el capitalismo. Así, la mejor forma de defender la paz es ampliando el campo socialista, las luchas revolucionarias del proletariado y las luchas por la liberación nacional. Por lo tanto el desarme existiendo aún el imperialismo es una ilusión irrealizable que ni siquiera puede concretarse con la aparición de las armas nucleares, ya que éstas no alteran la ley de la lucha de clases ni el avance de la historia; eso sí, éstas pueden llegar a prohibirse porque representan también un peligro para los imperialistas.

Vemos que la línea ideológica dentro de la que se ubican al fundir sus intereses con los del proletariado mundial los lleva más allá de los límites del enfrentamiento al reformismo poststalinista para confluir en

el debate de los temas que enfrentaran hace ya varias décadas a Trotsky y a Stalin. No sabemos en que sentido podrán ser resueltos estos problemas por los chinos pero es muy posible que el centro de la discusión llegue al replanteo de la posibilidad del socialismo en un solo país y a la teoría de la revolución permanente. Decimos esto porque es evidente que el movimiento comunista internacional ha abierto las puertas a un debate ideológico de fundamental importancia para el porvenir de la humanidad en los próximos años, y es importante que ningún militante pretenda entrecerrar esas puertas adoptando actitudes dogmáticas con Trotsky, o bien creando otros nuevos, como el stalinismo (en realidad los viejos tabúes uno de los cuales es el horror a discutir las ideas desde que ha sido manejado como tal por los grupos trotskistas) o el antistalinismo.

Ubicado en la línea del internacionalismo proletario, el PCCH ha dado la batalla contra el reformismo en el plano de la política internacional, que es uno de los puntos en que mayor era la fricción entre la conducción del PCUS y los intereses nacionales chinos. Para ser consecuente con el internacionalismo— y creemos que existen las condiciones mundiales e internas necesarias para que ello sea factible— el PCCH tendrá que revalorar su posición cerradamente stalinista. Para ello tendrá que reparar el fenómeno de la centralización del revestimiento político que la cubre y comprender que ya las condiciones creadas por el avance de las relaciones socialistas de producción hacen intolerables para las masas las formas políticas primitivas del stalinismo. La destalinización es una conquista irreversible para el grado actual de desarrollo de los estados proletarios, independientemente de que en otras condiciones haya permitido convertir a la URSS, primera dictadura proletaria, en una poderosa potencia mundial. La destalinización es el crecimiento de la democracia interna en los países socialistas, aunque China no lo sienta así, ya que su desarrollo político dio participación a las masas en un nivel incomparablemente superior al de la URSS y Europa del Este. Por fin, y lo que es más importante, la ruptura con el stalinismo pasa por la destrucción de la concepción de la revolución democráticoburguesa, por la revalorización del rol independiente y hegemónico del partido de vanguardia y la caracterización de las revoluciones coloniales sobre la base de una estrategia socialista. Este será el paso que vinculará definitivamente la política internacional china a un programa revolucionario acorde con aquella.

Pero el PCCH ha agitado también la necesidad de “apoyarse principalmente en los propios esfuerzos para la construcción de los países

socialistas". Si ésta es una forma de reaccionar por la excesiva centralización de los recursos del bloque socialista a través de la URSS, es correcto, pero debe quedar bien claro que el internacionalismo proletario no puede admitir la construcción del socialismo dentro de las fronteras nacionales cuando existe un bloque socialista fraternal. La necesaria independencia de los "bastones de mando" para cada uno de los países del bloque no puede resolverse en el sentido del nacionalismo socialista de cada país sino en los marcos del internacionalismo proletario.

En estas tesis nos hemos propuesto poner de relieve las condiciones generales en que se hace posible el conflicto entre el PCUS y el PCCH, más que controvertir los planteos de uno y otro. Resulta obvio que ubicado el conflicto en sí hay que pasar a introducirse en la discusión.

El número dos de **táctica** contiene:

SINDICALISMO: desarrollo
y negación de las transformaciones
sociales.

CeDInCI

¿REVOLUCION AGRARIA
O REVOLUCION INDUSTRIAL EN LA ARGENTINA?

EL PAPEL POLITICO
DEL PERONISMO.

ediciones **V. R.**

EJEMPLAR \$ 50.-

NRO 1

TACTICA

CeD InCl